

REVISTA GENERAL

ADMINISTRACIÓN



CALLE DE VALENCIA, 28

AÑO II



MADRID, MARTES 1 ENERO 1918



NÚM. 3

LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA PORTUGAL

El alma portuguesa flota en un sentimiento que se llama "saudade". Esta palabra, que emplearon gustosos escritores españoles, como D. Juan Valera, no tiene equivalencia en castellano. Las voces *nostalgia*, *pesar*, *anhelo*, no la traducen del todo; son todas ellas matices que esa palabra portuguesa ofrece: nuestra expresión *echar de menos* se acerca más a su espíritu, sin abarcarlo tampoco por entero. Sólo le corresponde totalmente la palabra *añoransa*, del idioma catalán, adoptada también por notables escritores de lengua castellana. En la *saudade*, anhelo y pesar, nostalgia y recuerdo fervoroso a la vez, crisol de los más puros sentimientos personales, esencia misma de lo lírico, está el carácter de la literatura portuguesa, su diferenciación de la española y hasta la indicación de sus géneros predominantes. Podríamos decir que sería factible una historia de la literatura portuguesa en que no se mencionara sino las obras de poesía, a no ser por los nombres de Eça de Queiroz, de Oliveira Martins, que en dos géneros distintos, la novela y la historia, nos presentan tipos de primer orden. Pero ni aun ellos se salen de la norma general.

Circunscribiéndonos a nuestra tarea de referirnos a la literatura contempo-

ránea, hemos de partir de la llamada "escuela de Coimbra" para ir siguiendo su desarrollo. La escuela de Coimbra, denominada así porque se originó hacia 1866 en aquella ciudad universitaria, significó primeramente una reacción contra el neoclasicismo académico de Antonio Feliciano de Castilho, el hombre de letras "oficial" de aquel tiempo. Los rebeldes, cuyo primer manifiesto fué la carta que Antero de Quental dirigió a Castilho con el título de "Buen sentido y buen gusto", llevaban al pensamiento portugués, en el campo de las letras, las ideas dominantes a la sazón en Europa. Por entonces arraigó en Portugal el positivismo de Comte y Littré, que llevó su influencia hasta los colores de la bandera, al proclamarse, en años recientes, la República. La filosofía alemana encontró también adeptos calurosos.

Antero de Quental (1842-1891) tuvo a su lado, en aquella protesta, a Oliveira Martins (1845-1894), gran historiador, cuya *Historia de la civilización ibérica* es, tal vez, la obra de más profundas miras que se ha publicado en su terreno, en toda la Península, y a Teófilo Braga (nacido en 1843), a quien sus conciudadanos eligieron, en 1910, al instaurarse la República, primer presidente de ella. Su saber, no exento de prolijidad,

se desarrolla en los innumerables tomos de su *Historia de la literatura portuguesa*, y sus vastas concepciones filosóficas en el interminable poema *Visión de los tiempos*, especie de *Leyenda de los siglos*, victorhuguesca de estilo y de pensamiento. "Quental ha sido — dice Unamuno — una de las almas más atormentadas por la sed del infinito, por el hambre de eternidad." Sus *Sonetos* (publicó además unas *Odas modernas* y unas *Primaveras románticas*, de interés menor) le muestran en toda la intensidad de sus ansias religiosas, haciendo, ante el misterio, una eterna pregunta que jamás logra respuesta. Para ser tan grande como Leopardi sólo le falta la limpia pureza de líneas que pone al italiano junto a los grandes antiguos. Pero quizá el poeta lusitano es mayor filósofo. Su alma palpita al unísono con las de Hegel y Schopenhauer.

Tipo enteramente opuesto nos ofrece Juan de Dios Ramos (*Joao de Deus*, 1830-1896). En su guitarra portuguesa entona cantares que tienen toda la melancólica suavidad de los *fados* del pueblo. Sus poesías están coleccionadas en un tomo (dos en la edición más reciente) titulado *Campo de flores*. Es el lírico amoroso por excelencia; más que palabras, en sus canciones hay suspiros. Esa ternura que le hace tan gran poeta tuvo otra derivación en la *Cartilla maternal*, que dió a las escuelas lusitanas y que fué adoptada como base de la enseñanza primera. El mismo aire popular, enteramente portugués, la misma pasión, ardiente y concentrada, tiene un novelista, Camilo Castello Branco (1825-1890), que en *Amor de perdición*, *Amor de salvación*, *¿Dónde está la felicidad?*, *La inclusera*, y en cien obras más, novelas de costumbres con fondo romántico, graba para siempre algunos tipos fundamentales y algunos latidos eternos del alma nacional.

Después de Camilo — como en Portugal se le llama —, goza fama de novelista y se ha difundido más, por medio de traducciones a todos los idiomas, Eça de Queiroz (1843-1900), que fué cónsul y murió en París. De extranjerismo se le tilda entre los escritores lusitanos. Recuerda, es cierto, a Flaubert, en *El primo Basilio*; a Zola, en *El crimen del pa-*

dre Amaro; a Gautier, en *El Mandarín*: Pero en otros libros, *La ciudad y las sierras*, *La reliquia*, los *Cuentos* y, sobre todo, en *La correspondencia de Fadrique Mendes*, muéstrase original y potente en dibujo de caracteres, gracia de estilo y humorismo. Y las dos primeras novelas, aun con las influencias señaladas, figuran entre sus creaciones más fuertes. La prosa portuguesa debe a Eça de Queiroz un gran impulso; de él puede decirse que arranca su valor verdaderamente artístico. A su lado hay que citar el nombre de Ramalho Ortigao, con quien lanzó las terribles sátiras de *As Farpas*.

Lleno de influencias extranjeras muéstrase también el poeta Gomes Leal (nacido en 1848); citaremos además los nombres de Joaquín d'Araujo, Luis de Magalhaes, Antonio Feijó, parnasianos estos dos últimos. Al lado de ellos adquiere extraordinaria magnitud el de Guerra Junqueiro (nacido en 1850), lírico de tendencia filosófica, autor de *La muerte de Don Juan*, de *La vejez del Padre Eterno*, de *La Musa de vacaciones*; pero, sobre todo, del maravilloso libro titulado *Los sencillos (Os simples)*, y de las *Oraciones al pan y a la luz*, en que condensa un tolstoísmo meridional transcendente de amor ingenuo por los hombres y las cosas. Otros libros suyos, *Patria*, *Finis Patriae*, le presentan como satírico, nota que no faltaba en sus primeros libros y que, en los últimos, se exalta en un patriotismo republicano, que más de una vez le puso frente a frente del penúltimo rey, D. Carlos de Braganza. Adversario franco e implacable, fué uno de los escritores que con más ardor predispusieron los espíritus al movimiento revolucionario de 1910.

Con lo más puro de la obra de Guerra Junqueiro tienen vago parentesco las poesías de Antonio Nobre, muerto muy joven, autor de *Solo (Só)*, en que revive la desesperación de Antero de Quental envuelta en una eterna *saudade*. Otro poeta malogrado, Cesáreo Verde, da a la lira portuguesa nuevas cuerdas, adoptando formas y modalidades exóticas.

Cuentista, crítico de costumbres, analizador perfecto del alma nacional, fué Fialho d'Almeida (1857-1911), de quien

quedan obras como la serie que tituló *Los gatos*, o como *El país de las uvas*, en que una imaginación vivaz y despier-ta se une a un claro humorismo. Abel Botelho, muerto hace poco, y Teixeira de Queiroz, nos dan, el primero, con sus novelas sociales, de las que tradujo alguna Felipe Trigo, y el segundo, con sus cuentos rústicos, dos interesantes figuras de prosistas, junto a las cuales hay que poner los nombres de Trindade Coelho, Paulo Osorio, Julio y Raúl Brandao, y tantos otros que esta rápida reseña no consiente.

A la poesía da Eugenio de Castro (n. en 1869) nuevo impulso, revelando a su patria el simbolismo francés después de una estancia en París. Trabaja el verso como un orfebre, y encierra sus sensaciones en ricos joyeles. Una corriente popular viste los símbolos en su *Sylva* y el poema *Constanza*, señala una mayor amplitud de inspiración, una vuelta a las tradiciones literarias portuguesas, saludada por todos con verdadero entusiasmo.

Es Eugenio de Castro, en Coimbra, centro de una nueva actitud literaria, algo semejante a nuestro *modernismo*. Su poema dramático *Belkiss*, influido por Flaubert y Oscar Wilde, sus poesías, hallan entre nosotros traductores y comentaristas. Mucho deben al poeta portugués Rubén Darío, Francisco Villaespesa. Con Eugenio de Castro luchan por la nueva literatura Manuel de Silva-Gayo, vuelto más tarde a un lirismo tradicional; Julio Dantas, que ha cultivado preferentemente el teatro; Alberto d'Oliveira, y tantos otros. Con Antonio Correia d'Oliveira, Alfonso Lopes Vieira, Teixeira de Pascoaes, llegamos a las más recientes manifestaciones literarias. El último, autor de *Siempre*, *Las sombras*, *Regreso al Paraíso*, *Ver-*

bo oscuro, etc., es el espíritu principal de la tendencia llamada "sandosismo", que busca el espíritu nacional en la literatura. Es un gran lírico, un renovador de la sensibilidad portuguesa, que tiene ya su filósofo en Leonardo Coimbra.

Citemos solamente los nombres de Severo Portela, Augusto Gil, Juan de Barros, Antonio Patricio, Augusto Casimiro; el del estético Veiga Simoes, muy versado en literaturas modernas, y el del crítico Fidelino de Figueiredo, a quien se debe una *Historia de la literatura portuguesa*, no terminada aún, de positivos méritos científicos; al sabio folklorista Leite de Vasconcellos, y a una mujer, Carolina Michaelis de Vasconcellos, alemana de nacimiento, verdadera autoridad en filología y literatura, a quien la historia comparativa debe muy importantes aportaciones.

Escasa importancia tiene el teatro portugués, aunque en el siglo xvi produzca en Gil Vicente una figura muy original, y en el drama romántico dé con el *Fray Luis de Sousa*, de Garret, un ejemplo de primer orden. Lopes Vieira, resucitando el auto de Gil Vicente; Juan da Cámara, Julio Dantas, los Brandao, Marcelino Mesquita, Manuel de Silva-Gayo, dan, sin embargo, a la escena lusitana obras muy valiosas.

Como más importantes, señalaremos, entre las actuales revistas portuguesas, *Allántida*, de Lisboa, y *A Águia*, de Oporto.

E. DIEZ-CANEDO

BIBLIOGRAFÍA.—TEÓFILO BRAGA, *As ideias modernas na literatura portuguesa* (Porto, 1892).—F. DE FIGUEIREDO, *Historia da literatura realista* (Lisboa, 1914).—VEIGA SIMOES, *A nova geração* (Coimbra, 1911).—PH. LEBEGUEZ, *Le Portugal littéraire d'aujourd'hui* (Paris, 1904).—AUBREY F. G. BELL, *Studies in portuguese literature* (Oxford, 1914).—I. RIBERA I ROVIRA, *Portugal literari* (Barcelona, 1912).—Pueden leerse también con provecho los primeros capítulos del libro de D. MIGUEL DE UNAMUNO, *Por tierras de Portugal y de España* (Madrid, 1911).

LIBRO NUEVO

CUENTOS DE PERRAULT

ILUSTRACIONES EN NEGRO Y LÁMINAS EN COLORES DE MARGARET TARRANT

UN LINDO TOMO EN PASTA, 2 PESETAS

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876
Calle de Valencia, 28

MADRID

LA FE Y EL RETRATO DE CERVANTES

DEL supuesto retrato de Cervantes, que se supone ser el que se supone pintó Jáuregui, pues en el asunto todo son suposiciones, se ha escrito ya bastante, con erudición y aguzando el ingenio. Las señales son de que se seguirá todavía escribiendo. Recientemente, el Sr. Rodríguez Marín ha publicado un interesante y minucioso folleto en defensa del discutido retrato. El Sr. Rodríguez Marín, además de ser inspirado poeta, erudito sabedor de muchas curiosas noticias literarias e investigador afortunado de la historia de nuestras letras, es un experto abogado, y su folleto es demostración de todas estas prendas, sin excluir la última. No creo que se pueda hacer un alegato mejor que el del Sr. Rodríguez Marín en defensa del retrato. Pero el que un abogado sea muy bueno no implica serlo el pleito que defiende. Por eso hasta los mejores abogados pierden algunos pleitos. A mi parecer, quedan en pie todas las dudas que sugiere la pretendida efigie de Cervantes y que aparecen resumidas con mucha claridad en una nota preliminar de la última edición de la biografía de Cervantes, escrita por el profesor Fitzmaurice Kelly. No es culpa del señor Rodríguez Marín... es culpa del pleito.

* * *

Recordaré al lector que en la iconografía cervantina hay tres efigies que son como tres etapas: el retrato de Kent, que era un retrato de imaginación, una interpretación gráfica de las noticias que da el propio Cervantes acerca de su persona física; el retrato propiedad del conde del Aguila, atribuido a Arco, que pasó por auténtica efigie de Cervantes y tuvo crédito en la Academia Española durante algún tiempo, y el que ahora se discute, donado a la misma Academia por el Sr. Albiol, y que ella dió por legítimo hasta el punto de colocarlo bajo dosel en su estrado, debajo del retrato del fundador de la Corporación, Felipe V, porque hay que guardar las distancias. Perdona la Academia esta broma inocente. Harto me explico la seducción que sobre el espíritu de cualquier admirador de Cervantes ha

de ejercer la esperanza, la idea, la fe, como se quiera, de haber hallado el retrato verídico del ingenio sin par, a que alude, aunque de un modo ambiguo y capaz de varias interpretaciones, el conocido pasaje del prólogo de las *Novelas ejemplares*, de donde arranca la hipótesis de que D. Juan de Jáuregui pintó un retrato de Cervantes. Las cuestiones de historia literaria no son cuestiones de fe, pero el entusiasmo puede crear en torno de ellas, estados de espíritu similares a la fe, que no tienen valor demostrativo, pero merecen respeto.

No voy a analizar la controversia tocante al retrato. La simplificaría mucho, y acaso la resolviese, someter la tabla a un reconocimiento pericial por personas muy expertas en el arte de la pintura. Acaso la iluminaría singularmente el publicar junto a la fotografía del pretendido retrato de Cervantes, la de alguno de los retratos de Felipe II, para hacer ver cómo la imagen del Rey prudente, según el calificativo que le ha dado la Historia —a propuesta del Consejo de Castilla—, podía convertirse por una serie de modificaciones en la del autor del *Quijote*.

Mas ello no está en mi mano ni es de este lugar. La Academia, como legítima dueña del retrato, puede hacer de él el uso que estime conveniente, conservarlo en su estrado o descolgarlo de él, someterle o no a un jurado pericial. Ya se empieza a hacer algo de eso. Lo que no podrá verosimilmente es comunicarnos a los demás la fe que parece abrigar en esa efigie, mientras no se verifiquen las debidas comprobaciones.

* * *

De la controversia acerca de la tabla, voy a recoger solamente un cierto argumento que salió a luz, apenas admitido el retrato por la Academia y que ahora se reproduce. Me fijo en este argumento, no porque yo tenga interés ni pasión en el asunto del retrato, sino porque admitido ese medio de demostración, la investigación histórica está de más y todos sus procedimientos de comprobación resultan superfluos.

el del "sello infalible", para usar la expresión de Mariano de Cavia. Ya don Alejandro Pidal, en un discurso muy

El tal argumento a que me refiero es elocuente que pronunció en la Asociación de la Prensa en presencia del retrato, dijo eso mismo: "basta verle, para convencerse de que este es el retrato de Cervantes que tanto buscábamos". Cavia dice algo muy parecido, aunque con más cautela, pues al cabo, deja abierta la puerta de escape de una posible superchería cervantesca, muy inspirada, pero superchería. La identificación del retrato es cuestión de sensibilidad (para él).

"Cuando un retrato así, tan flojo como pintura, nos impresiona, conmueve y persuade a los que no somos técnicos ni eruditos, ni iconografistas, mas tampoco somos del todo lerdos, ni del todo ciegos—dice—sin duda alguna es porque esa pintura lleva en sí el *sello infalible* que nos muestra el sentimiento, dejando a la razón la busca y captura de pruebas materiales y hechos concluyentes."

Todo eso está muy bien dicho, pero el sello infalible no tiene nada de... infalible. Es, sencillamente la aplicación de la fe a un asunto profano. En el terreno de la fe cada uno puede creer lo que su fe le sugiera, pero esa determinación subjetiva no prueba nada. Para que esta especie de revelación estética, de demostración del cuadro por sí mismo, tuviese algún valor sería menester que en todos los que le han visto produjese la misma impresión, y bien sabido es que no ha sido así. Personas que tampoco son lerdas, ni ciegas y que hasta son académicos, aunque de distinta Academia, como los señores Pérez de Guzmán y Puyol, no han reconocido a Cervantes en la discutida tabla.

El argumento de la revelación debida a la sensibilidad o al sentido artístico es muy propio para impresionar a los pobres de espíritu. Cuando un pobre de espíritu lee que el reconocer la autenticidad de un texto literario o de un cuadro es cuestión de sensibilidad, de buen gusto, o de tener ojos en la cara, aunque él

no tenga opinión o no se haya convencido del aserto, como no quiere pasar por tonto siente la tentación de adherirse al dictamen. El ardid fué satirizado ya por el infante D. Juan Manuel en aquel ejemplo de los burladores que tejían una tela imaginaria, sólo visible a los que fueran hijos de su padre aparente. Todo el mundo decía verla y ponderaba sus primores y no había tal tela. Era que nadie quería pasar por bastardo.

Mas aparte de esto y aparte de que las cuestiones de crítica histórica y artística, no se resuelven por inspiración del Espíritu Santo, hay que considerar que el argumento de la revelación estética no probaría en modo alguno que la tabla atribuida a Jáuregui fuese el tal retrato verdadero de Cervantes. Admitamos, y ya es admitir, que por la descripción que de sí mismo hizo el Manco sano, pudiéramos figurárnosle con tal precisión que infaliblemente le reconoceríamos, viéndole pintado. Si se lo podía representar el espectador o el crítico, lo mismo podría representárselo el pintor que intentara fraguar un retrato de Cervantes. La misma *corazonada* artística que sirviera para la identificación, serviría para la falsificación o la *caracterización* de un viejo retrato.

Y si por inspiración del sentimiento pudiese reconocerse a Cervantes en un retrato, ¿cómo se habría podido admitir el cuadro del conde del Aguila, tan distinto de este Cervantes de ahora? ¿Es que era desconocido entonces el prólogo de las *Novelas ejemplares*, en que Cervantes se describe?

En suma, la fe en estos asuntos profanos, no prueba nada y sólo sirve para el que la profesa.

No es la *certeza*, ni la *probabilidad*, sino la *posibilidad* misma de que la tabla de la Academia sea tal retrato de Cervantes, pintado por Jáuregui, lo que está en litigio, en el cual, como en todos los pleitos, la prueba corresponde al que afirma.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

TRECE EDICIONES DIFERENTES DE LA

"CASA EDITORIAL CALLEJA"

(Prospectus gratis)

LOS CLÁSICOS: PETRARCA

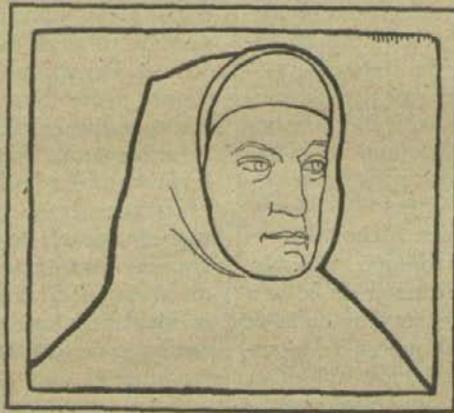
DE Petrarca derivase en gran parte la poesía amorosa moderna. Fué dechado que toda la Europa del Renacimiento se esforzó en imitar. Los españoles desde Garcilaso, y aun antes, en los atisbos de Santillana; los franceses desde la Pléyade; los ingleses desde Chaucer y sobre todo desde Spenser, petrarquizaron, siguiendo, no sólo al modelo, sino a sus secuaces de Italia. Y en la poesía italiana fué, más que señor, tirano. Sus antítesis, hipérboles, juegos de palabras, sutilezas, imitaciones del antiguo y de los trovadores provenzales, exagerados por sus continuadores, dieron cómodas pautas a los ingenios mecánicos que se contentaban con irle a la zaga; así algunos lograron rivalizar en fama con el maestro.

Petrarca no suele abusar de esos recursos que son sus defectos principales. Quedan hoy de él, entre las poesías italianas que constituyen su principal título de gloria, trescientos diez y siete sonetos, veintinueve canciones, nueve sextinas, siete balatas y cuatro madrigales, que forman su *Canzoniere*, o, para darle el título del códice vaticano que las contiene, *Rerum vulgarium fragmenta*. Consérvase también un poema alegórico en tercetos, *Los Triunfos*, en que se manifiesta el influjo de Dante.

No fueron esas rimas italianas, que hoy nos parecen las hojas de laurel de que se formó la corona del poeta, más que "fragmentos de cosas vulgares" en concepto suyo, entendiéndose con estas palabras "escritos en idioma vulgar". Las que en vida le dieron renombre entre los doctos fueron sus obras latinas, quizá más olvidadas hoy de lo que merecen. Pero fué Petrarca de un siglo en que la lengua italiana, formada ya en el poema

dantesco, luchaba aun con el latín, esforzándose por prevalecer. Los escritores del tiempo de Petrarca y aun muchos posteriores solían cultivar ambos idiomas. Era el latín como una forma de escritura hierática, para comunicación de hombres cultos; pero en lengua vulgar salían los esparcimientos y desahogos del alma, y así acabó por imponerse. Y de que Petrarca no desestimaba su obra escrita en italiano son prueba las mismas apostillas, "latinas por cierto, que en sus

sonetos aparecen y que revelan el cuidado con que los componía y el tiempo que les dedicaba. En uno de ellos hay una serie de anotaciones que será curioso transcribir: "Lo empecé movido por el Señor (Domingo jubente) el 10 de septiembre, al amanecer, después de mis preces matutinas.—Convendrá que rehaga por entero estos dos ver-



PETRARCA

(Según miniatura de un códice de su biblioteca.)

sos, cantándolo: y que invierta el orden: las 3 a. m. 19 octubre.—Esto me agrada (hoc placet): 30 octubre, a las 10 de la mañana.—No, esto no me gusta: 20 de diciembre, por la noche." Dedicado a la corrección, escribe, dejando la pluma: "Volveré sobre esto; me llaman a cenar"—"18 febrero, hacia nona; esto va bien; pero hay que volver sobre ello otra vez (vide tamen adhuc)."

Lo transcrito nos muestra el espíritu crítico que el poeta llevaba a su arte. De sus obras latinas el máximo interés está acaso en las *Cartas familiares*, seniles, varias o sine título, que en diversas series así tituladas recogió y dió a conocer. Son verdaderos tratados, y no tienen la sencillez y el encanto personal de los epistolarios modernos. El poema *Africa*, las poesías latinas, los diálogos y obras eruditas que escribió en lengua sabia, le granjearon el aprecio de sus contempo-

ráneos y la corona que en sus sienes puso el 8 de abril de 1341, día de Pascua, el senador Orso dell'Anquillara, en el Capitolio.

Los hombres modernos ven hoy de preferencia en él a uno de los iniciadores del Renacimiento. El ardor que puso en los estudios clásicos, con que buscó obras, descubrió y acopió manuscritos, le hacen el tipo del hombre nuevo, que en aquellos días dedicaba todo su esfuerzo a apresar un destello del saber antiguo.

Y es también para los modernos el amante de Laura. Nacido Francisco Petrarca en 1304, el 20 de julio, en Arezzo, de Ser Petracco (Petrarca es forma latinizada) y de Eletta Canigiani, pasó en Francia, principalmente en Aviñón, la ciudad papal, sus primeros años. Viajó, estudió, y un día, según Petrarca el 6 de abril de 1327, vió a Laura, en el mismo Aviñón, salir de la iglesia de Santa Clara. Se ha identificado a Laura con una hija de Audiverto de Noves, casada en 1325 con Hugo de Sade, de quien tuvo once hijos, y muerta de la peste en 1348. El amor de Petrarca es todo sutileza y elevación platónica: tocan a la leyenda esos amores desarrollados en el suavísimo paisaje de Valclusa. No falta quien

vea tan sólo en Laura una personificación de la sabiduría o la belleza ideal, como en la Beatriz del Dante, y a esto da fuerza la observación de Petrarca mismo en sus Cartas familiares (libro II, epíst. 7) de que sus versos pasaban más por obra de poeta que de amante. Laura, sin embargo, a quien cantó en vida y después de muerta Francisco Petrarca, es para los lectores del Cancionero una mujer real, suma de toda perfección, digna de ser amada con toda la delicadeza que puso Petrarca en sus versos. "Aunque Petrarca se ingeniase por cubrir con un hermoso velo la figura del Amor—dice Hugo Fóscolo—, a quien griegos y romanos se complacían en pintar desnudo, es el velo tan transparente, que aun deja ver las mismas formas." El Cancionero se imprimió por primera vez en Venecia el año 1470, como no sea anterior a esta edición alguna que se conoce, no fechada. Se ha reimpresso infinitas veces, y ha sido traducido a todos los idiomas. Al castellano lo fué en el siglo XVI por el hebreo Salomón Usque, lusitano, y en el XVII por Enrique Garcés. Desde el siglo XV se nota su influencia en nuestra literatura, y poetas de todos los tiempos traducen obras sueltas, como las que se dan a continuación de este artículo.

La vida del escritor estuvo entera consagrada al estudio. Fué amigo de grandes y de Papas; disfrutó beneficios eclesiásticos y buenas rentas; viajó y alcanzó los más altos honores a que podía aspirar. Su muerte fué digna de tal vida: su amigo Lombardo de Serico le halló exánime, con la cabeza reclinada en un libro, la mañana del 19 de julio de 1374.

Soberbias son algunas canciones suyas, no amorosas, sino políticas. Nada más actual en estos días de guerra que aquel verso final de una en que pide a los señores de Italia que cesen en sus discordias, clamando por la paz:

"I'vo gridando: Pace, pace, pace."

LESER

BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE
GRUPO A.
(Antologías.)

AZORÍN.	PAGINAS ESCOGIDAS
A. MACHADO.	PAGINAS ESCOGIDAS
A. PALACIO VALDÉS.	PAGINAS ESCOGIDAS
L. ALAS (CLARÍN).	PAGINAS ESCOGIDAS
MONTAIGNE.	PAGINAS ESCOGIDAS
QUEVEDO.	PAGINAS ESCOGIDAS

Cada tomo en tela roja, 2,50 pesetas.

CALLEJA UN LIBRO PARA LOS NIÑOS CON 148 GRABADOS

(Globos, dirigibles, aeroplanos, locomotoras, automóviles, motocicletas, máquinas, Física y Química, submarinos, barcos, etc., etc., etc.)

Un tomo de 318 páginas, en pasta, con elegante cubierta, 1,50 PESETAS

SONETOS DE PETRARCA

Si no es amor, ¿qué es esto que yo siento?
Sepamos, si es amor, ¿qué cosa es ésta?
Si es buena, ¿cómo está a matar tan presta?
Si es mala, ¿cómo es dulce su tormento?

Si quiero padecer, ¿por qué lamento?
Si no lo quiero, el lamentar ¿qué presta?
¡Oh viva muerte! ¡Oh alegría molesta!
¿Quién puede tanto en mí, si no consiento?

Y si consiento, sin razón me afano;
con débil barca, y vientos a porfía,
me hallo en alta mar, y sin gobierno,
de errores llena, y de saber vacía,
que yo mismo no sé lo que me es sano,
tiemblo en estío y ardo en el invierno.

Pasa mi nave el mar de olvido llena,
a media noche, y en cruel invierno
por Cila, y por Caribde, y al gobierno
preside el Señor mío, que es mi pena.

A cada remo un pensamiento suena,
que tal tormenta tiene por mal tierno,
la vela rompe un viento de ¡ay! eterno,
y de deseo, y de esperanza buena.

Lluvia de lloro, y niebla de la afrenta,
las jarcias con errores retorcidas,
y ya casi podridas, humedece.

Y estas mis dos lumbreras escondidas,
arte y razón, perdidas en tormenta
tal, que ya mi esperanza desfallece.

A cada paso atrás me voy volviendo
con este cuerpo de que voy cargado:
el cual de vuestro aliento confortado
puede algún tanto andar, aunque gimiendo.

Después, pensando el bien que va perdiendo
y en mi camino largo, y corto hado,
detengo mis pisadas muy cansado,
mirando en tierra, y lágrimas vertiendo.

Y en medio de mi llanto me saltea
la duda, que pregunta: ¿cómo puede
mi cuerpo, sin su alma, tener vida?

Responde amor que aquesto se concede
a los amantes, que su vida sea
de humanas condiciones desasida.

(Traducciones del Brocense.)

Cuando el planeta que embellece el día
vuelve a la casa del rosado toro,
y entre las puntas de encendido oro
vivificante ardor al suelo envía;

no a la faz sólo de la tierra fría
da en bellas flores nitido decoro;
mas de la vida el celestial tesoro
lleva del centro a la mansión umbría.

Así mi hermoso sol su luz me ofrece;
me mira, y va en mi seno derramando
de dulce y blando amor llama halagüeña.

Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece,
y aquel precioso fuego malogrando,
perdo sin fruto la estación risueña.

Ora que callan cielo, tierra y viento,
y duermen sosegados ave y fiera,
el negro carro lleva por la esfera
la noche, y yace el mar sin movimiento;
yo solo peno y ardo, y ni un momento
desbrava mi dolor, ni tregua espera;
mas ¡ay! que él es de mi existencia entera
a un tiempo la delicia y el tormento.

En un raudal cuajado de amargura
mi ardiente sed alivia y refrigera;
una es la mano que me hiere y cura.

Y así en el breve término de un día
mil veces, crudo amor, renazgo y muero,
y siempre incierta está la vida mía.

¿Dónde cogió el Amor, o de qué vena,
el oro fino de su trenza hermosa?

¿En qué espinas halló la tierra rosa
del rostro, o en qué prados la azucena?

¿Dónde las blancas perlas con que enfrena
la voz suave, honesta y amorosa?

¿Dónde la frente bella y espaciosa,
más que el primer albor pura y serena?

¿De cuál esfera en la celeste cumbre
eligió el dulce canto, que destila
al pecho ansioso regalada calma?

Y ¿de qué sol tomó la ardiente lumbrere
de aquellos ojos, que la paz tranquila
para siempre arrojaron de mi alma?

Cuando Febo en los piélagos de Atlante
templa su ardor y el aire se oscurece,
quejas doy de mi mal, que entonces crece,
a la alba luna, al cielo rutilante.

Mi dolor cuento, simple e ignorante,
a amor, que en los remedios se enfriera,
al adormido mundo, que enmudece,
y al dueño esquivo de mi pecho amante.

De mis cansados ojos huye el sueño;
triste suspiro y lamentable lloro
en mi rostro y mis labios halla el día.

En tanto el alba su esplendor risueño
difunde hasta el cenit; y el sol que adoro
no amanece a templar la pena mía.

(Traducciones de D. Alberto Lista.)

Quien ver quiera el poder de la natura
y el ciclo entre nosotros compendiado,
contemple esta beldad que embelesado
al mundo tiene con su lumbrere pura.

Mas venga pronto, que la tumba obscura
llama al bueno primero que al malvado,
y este angel en el cielo es ya esperado:
cosa bella, mortal, pasa y no dura.

Verá si llega a tiempo cómo admira
todo supremo bien en ella junto;
virtud, belleza en fácil alianza.

Verá que el estro mío en vano aspira
tanta gloria a pintar; mas venga al punto
o llorará por siempre la tardanza.

(Traducción de D. A. Garcia Gutiérrez.)

LEONARDO DE VINCI



JUDAS Y SAN PEDRO (Detalle al pastel).
copiado de la "Cena". Palacio ducal
de Weimar.
Fot. Braun & Cie.



CABEZA DE CRISTO (Dibujo al pastel).
Museo Brera. Milán.
Fot. Braun & Cie.



LUCHANDO POR UN ESTANDARTE. Del cartón para la batalla de Anghiari. Dibujo de Rubens.
Museo del Louvre. París.
Fot. Braun & Cie.

LEONARDO DE VINCI



"LA GIOCONDA". Museo del Louvre, Paris.
Fot. Alinari.



ESTUDIO AL LAPIZ. Palacio de Windsor.
Fot. Braun & Cie.



AUTORRETRATO DE LEONARDO
Biblioteca Real de Turin.
Fot. Braun & Cie.



SANTA ANA, LA VIRGEN Y EL NIÑO
Museo del Louvre, Paris.
Fot. Braun & Cie.

LAS GRANDES FIGURAS DEL ARTE

LEONARDO DE VINCI

EN la pequeña ciudad montañosa de Vinci, junto a Empoli, perteneciente desde 1263 a la República florentina, nació, como ilegítimo hijo del notario Ser Piero da Vinci, en 1452.

Su nombre tiene una significación tan amplia para la humanidad que, en el lenguaje corriente, vale tanto como decir *el hombre del Renacimiento*, el hombre dotado de poderosas y varias aptitudes.

Su talento complejo penetró con igual desenvoltura en el campo de la ingeniería, en el de la anatomía, la arquitectura, la escultura, la jardinería y la pintura.

Fué, ante todo, un espíritu entusiasta de la vida. Todo en ella le pareció alegre y atractivo. Analizaba con deleite lo mismo las formas de los bichejos, que la calidad de la piel en las manos femeninas; el encanto de la luz en el paisaje, como los reflejos de las nubes en el arroyo. Juntó en sí, como nadie, las dotes analíticas del investigador y las sensitivas del pintor. Quien candorosamente contempla sus pinturas, recibe la impresión escueta de lo que es la gracia y la felicidad; pero, quien se detiene a leer el largo proceso de gestación que ellas tuvieron, sabrá lo que es el trabajo reflexivo, serio y amoroso. La suprema virtud del arte es precisamente la que permite presentar lo difícil con aire sencillo. Y esta virtud fué la suya.

Entre todas las actividades que le solicitaban mereció ser la favorita la pintura. Y fué a ella con el serio afán de llegar a lo perfecto.

A los catorce años entró en el taller de Andrea del Verrocchio. Este era, entre los pintores florentinos, el más delicado y ducho en técnica, al mismo tiempo que el mejor maestro y el más entusiasta de las corrientes nuevas. Andrea fué quien lo relacionó con la corte de los Médicis, la más brillante y magnífica de entonces; y las excitaciones y emociones que Leonardo recibió de ella fueron decisivas para su desenvolvimiento.

Pero la molicie y el lujo le cansaron y

buscó acogida en Milán, en la corte de Ludovico el Moro. Allí, entre una vida de intenso intercambio espiritual con profesores, ingenieros, arquitectos y médicos, incubó sus mayores creaciones.

En 1500, las complicaciones políticas le hicieron abandonar esta su segunda patria. Volvió a Florencia después de veinte años de voluntaria expatriación; pero en 1506 vuelve otra vez a Milán y queda allí hasta 1513, favorecido por Luis XII.

En 1516 pasó los Alpes, invitado por Francisco I, que puso a su disposición el hotel de Cloux (hoy Clos-Lucé), un pequeño palacete en Amboise, en la Touraine. Allí vivió tres años con su discípulo favorito, Melzi, y allí murió el 2 de Mayo de 1519.

Las obras de Leonardo parecen perseguidas por un negro sino: de muchas guárdase solamente la memoria o la descripción. Unas quedaron inacabadas, como *La adoración de los Reyes*, en los Oficios de Florencia, cuadro que aporta al arte de la pintura un nuevo estilo, el claro-oscuro; es decir, la aparente plasticidad.

Esta mala ventura de sus frutos se debe muy en parte a que en cada uno de ellos trataba el artista de resolver nuevos problemas. La ruina de su célebre *Cena* en Santa María de la Gracia (Milán) se debe a la sustitución del *fresco* por un procedimiento seco de su invención. Esta obra, considerada como una de las grandes empresas de su época, le costó tres años de labor. Sólo la busca de un tipo para el Iscariote le llevó tanto que, el prior de la comunidad hizo algunas observaciones a su lentitud, a lo cual repuso Leonardo que si seguían siendo infructuosas sus pesquisas para dar con un tipo de criminal, lo escogería por modelo, porque se prestaba bastante su cabeza. La concepción y desarrollo de la escena son totalmente nuevos. El momento elegido es aquel en que Cristo pronuncia las misteriosas palabras: "Uno de vosotros me

hará traición". El sobresalto, la indignación y el horror hacen presa en los jóvenes discípulos. Cada cual hace su cálido gesto. Solamente Judas elude las manifestaciones. Esto, unido a su cara de galgo negro, tenebroso, basta para calificar al traidor. Los pintores que precedieron a Leonardo habían tenido que recurrir a procedimientos más ingenuos para diferenciar a Judas; por ejemplo: el de colocarlo fuera de la serie, solo, en un extremo de la mesa, o al costado vacío, de espaldas al espectador. Cristo es el único que permanece quieto. Con un movimiento de manos inefable, mudo y bajos los ojos, no deja lugar a dudas de que la verdad ha salido de sus labios. Las dificultades técnicas, de agrupación, de perspectiva, de interés, están resueltas de un modo total. Desaparecieron los infantilismos; esta es la obra de un hombre.

Anteriores en fecha a la *Cena* son el San Jerónimo del Vaticano—otra obra que no llegó a terminar y que ha sufrido un atentado—y la *Madonna de las rocas* (entre 1490-1495), pintada en Milán, probablemente, con destino a la iglesia de San Francisco. Hoy se guarda en la National Gallery. En este cuadro es donde aparece el estilo de noble grandeza, tan distanciado del minúsculo usado por el *cuatrocento*, y que alcanza todo su poder en la *Cena*, según hemos dicho.

En el cuadro de *Santa Ana, la Virgen y el Niño* (Museo de Louvre, París) se propuso el problema de encerrar en un triángulo ideal el grupo de las tres figuras. Hizo dos cartones hasta llegar a la perfecta armonía, de los cuales, el primero, expuesto en Florencia en 1501 dió motivo a verdaderas peregrinaciones. La pintura la llevó a Francia Richelieu en 1636, se la regaló al rey, y pasó al Louvre desde Fontainebleau. Es la obra que más influencia ejerció en los pintores de

su época, incluso en Rafael. Ya asoma en ella la sonrisa y el espíritu de la *Gioconda*.

Tan grande ha sido la fama de este retrato que se le llegó a conocer por "el retrato", así, sencillamente. Ella fué una napolitana que se casó con el florentino Francesco del Giocondo en 1495. De aquí su nombre. También se llama la *Monna Lisa*, por su nombre de pila. No se sabe más de ella, y es casi seguro que no hubo relación romántica alguna entre el pintor y la bella. Tardó cuatro años en pintarla. Francisco I pagó por este retrato una cantidad equivalente a 200.000 pesetas.

También la suerte adversa parece rondar a esta maravilla, sin duda por ser de Leonardo. Reciente es aún el robo misterioso. Aparte de estas obras que, venciendo la *jettatura*, perviven, hay datos y documentos gráficos de otras, como, por ejemplo, de la *Batalla de Anghiari*, que fué dibujada por Rubens. Ella hubiera debido decorar una pared del Palazzo Vecchio (Florencia), haciendo pareja con otra encargada a Miguel Angel. Ni una ni otra pasaron de los cartones.

El *San Juan Bautista* del Museo del Louvre y la *Leda* de la Galería Borghese en Roma, son copias, pero de un interés subido por el sentimiento pagano que reflejan.

No podemos extendernos en su labor escultórica. (Estatua ecuestre de Francisco Sforza, destruída por los cañones. Estatua ecuestre del mariscal Trivulzi, que no pasó del boceto) ni en su labor doctrinal. ("Tratado de la pintura" y otras obras inéditas aún.)

La cantidad de sus dibujos llena en parte los huecos, nunca bien llorados, que dejan sus labores perdidas.

J. MORENO VILLA

BERRUGUETE Y SU OBRA

por RICARDO DE ORUEGA

(TEXTO EN ESPAÑOL Y EN FRANCÉS)

Obra premiada por el Ateneo de Madrid. Es el primer estudio de conjunto acerca de este gran escultor español del Renacimiento.

CON 166 FOTOGRAFADOS

En rústica, 10 pesetas.—En tela, 12 pesetas

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876
28, Calle de Valencia.

MADRID

CONCEPTO HISTÓRICO DE LA GRANDEZA Y LA DECADENCIA DE ESPAÑA

I

COINCIDE poco más o menos, en su primera mitad, el periodo de cerca de dos siglos en que reinó en España la casa de Austria con el que ha dado en llamarse de nuestra grandeza, y en su segunda, con el que se califica de nuestra decadencia. Suele prolongarse este último hasta nuestros mismos días, dando por hecho que del estado de prostración a que en sus postrimerías llegó la sociedad española no ha podido aún reponerse.

Me propongo examinar con espíritu imparcial, sereno, ajeno a toda preocupación, fundándome en las enseñanzas de la historia y en el análisis de los hechos, hasta qué punto responden a la realidad esas ideas sobre grandeza y decadencia tan universalmente admitidas, que las frases y palabras que las expresan han tomado carta de naturaleza en el lenguaje común de los historiadores y de los políticos.

Se habla de nuestra antigua grandeza y de nuestra actual decadencia como de cosas positivas, indiscutibles, innecesarias de probar ni de explicar, de puro sabidas. Hasta hombres tan eminentes, tan rebeldes a dejarse arrastrar por la vulgaridad y a pasar sin examen por lo que pudiera llamar *ideas hechas* como D. Antonio Cánovas del Castillo, admite implícitamente la existencia real de esos dos periodos de grandeza y de decadencia, como puede comprobarse por mil frases y alusiones que se hallan esparcidas por sus discursos, conferencias y trabajos históricos y literarios. A pesar de su escepticismo respecto a la excelencia de nuestro suelo (una de tantas soñadas ventajas que durante siglos se nos han atribuído por propios y extraños), el cual le mueve a afirmar en su estudio sobre la batalla de Rocroy que en España, lejos de valer mucho la tierra y poco los hombres, como generalmente han pensado los extranjeros, es precisamente lo contrario lo que sucede, no consigue desterrar de su ánimo la preocupación de que vengo hablando cuando dice que "el

mal estaba fundamentalmente en la enorme desproporción que siempre hubo entre nuestros escasos recursos interiores y las múltiples y vastas empresas en que nos fuimos empeñando, y no podía tener otro remedio sino cambiando por completo de política y abandonando voluntariamente en el mundo una posición por varios accidentes alcanzada a deshora, y que tarde o temprano habíamos de perder, después de consumidos y desangrados". Como se ve, ese notable pensador y estadista da por supuesto que ocupamos en un tiempo una alta posición en el mundo y que nuestra carencia de medios para sostenernos en ella fué la causa de nuestra ruina, en cuya idea va sobrentendida la de una grandeza pasada seguida de una decadencia ocasionada en su sentir por lo excesivo de esa misma grandeza.

Tan está dentro de las ideas comunes, recibidas sin discusión ni examen como moneda corriente, que tuvimos un tiempo en el mundo un puesto altísimo del cual descendimos más tarde, que uno de los temas históricos más controvertidos es el de las causas de la decadencia de España. Unos, como Cánovas en sus palabras atrás citadas, la atribuyen a la desproporción entre nuestras pretensiones y nuestros medios; otros, a la esterilidad de nuestras tierras (que hasta tal punto han cambiado las ideas sobre su fecundidad que antes predominaban); otros, a la intolerancia religiosa, que hizo a España sacrificarse por la causa del Catolicismo, y entre cuyas manifestaciones tuvieron señalado lugar la expulsión de los judíos a fines del siglo XV y la de los moriscos poco más de un siglo después; otros, a las continuas guerras en que nos suponen empeñados con media Europa; otros, a la colonización de América, que dan por hecho haber promovido una constante y copiosa emigración que despobló nuestro suelo; otros, a las remesas de oro y plata de América, que trajeron tras de sí el abandono del trabajo, la muerte de las industrias y el consiguiente empobrecimiento del pueblo... pero ¿a qué seguir mencionando causas de un hecho, como

el de nuestra decadencia, que es la base y fundamento de todo el debate, y cuya existencia real, así como la de la grandeza que se supone haberla precedido, debiera ser lo primero que se dilucidase? Y, sin embargo, no recuerdo haber visto en ninguna parte, no ya puesta en tela de juicio, pero ni siquiera discutida, la realidad de esa grandeza y de esa decadencia.

Hay en cuanto atañe a estas cuestiones de carácter a la vez que histórico, político-social-colectivo, una indeterminación en los conceptos y una confusión en los juicios y apreciaciones que tienen por causas principales por una parte la vaguedad y dificultad de concretar de modo preciso e inequívoco la significación de ciertas palabras relativas a cualidades, a situaciones materiales o morales y a otras cosas semejantes, que la tienen clarísima cuando se explican a individuos, pero muy oscura tratándose de sociedades; por otra, el vicio, tan dañoso a la verdad histórica, de juzgar de lo pasado con criterios apropiados sólo a lo presente, sin tener en cuenta las hondas transformaciones que el tiempo ha hecho experimentar a las sociedades, a las instituciones, a las ideas y a las relaciones entre los hombres y las colectividades.

Para no marchar enteramente a oscuras en el estudio de esta cuestión hay que contestarse ante todo a varias preguntas, la primera de las cuales ha de ser ésta, por extraña que parezca: ¿a qué llamamos España para el caso, a un conjunto de seres humanos, habitantes de un territorio de ese mismo nombre o a la sociedad política formada por ellos? La contestación a esta pregunta es importantísima, porque antes de tratar de algo, sea lo que quiera, relativo a una entidad, ora individual, ora colectiva, es preciso definirla y conocerla; no es posible decidir si España gozó de una era de prosperidad y de gloria y sufrió tras de ella una de miserias y calamidades sin dejar antes perfectamente aclarado lo que ha de entenderse por España.

A las palabras España y españoles puede dárseles el propio significado geográfico y étnico que propiamente tienen, o el político que hoy viciosamente les atribuimos al restringir su acepción a uno de los dos Estados en que la Península se divide. También podemos—y así se ha

hecho en el lenguaje común hasta tiempo muy reciente—extender la significación de España y de españoles al conjunto de territorios y de pueblos agrupados políticamente en torno de un centro común que es nuestro actual Estado.

No se trata aquí de un mero juego de palabras, como discurriendo superficialmente pudiera creerse, sino de un hecho de capital importancia que es indispensable dejar perfectamente aclarado y establecido como base y cimiento de la discusión; porque el organismo político que llamamos hoy España no tiene en este momento más que doscientos tres años de antigüedad: ni uno más ni uno menos. Comenzó en el reinado de Felipe V, después de la larga guerra de Sucesión, cuando ese monarca, ansiando a la vez constituir una monarquía de análogo carácter que la francesa de su abuelo Luis XIV y vengarse de los Estados que formaban la Corona de Aragón, que tan hostiles le habían sido en aquella guerra, los privó de sus instituciones políticas y de su independencia, y los incorporó a la Corona de Castilla, muy contra la voluntad de los aragoneses, catalanes y valencianos. Hasta entonces no hubo reino de España, en el sentido que damos hoy a estas palabras, sino un conglomerado de Estados independientes unos de otros, sólo ligados por la comunidad de soberano; unos situados dentro de los confines de la Península, otros fuera de ella; sin ningún espíritu de unión entre sí, antes celosísimos todos de sus respectivas individualidades y muy rebeldes a toda idea o tendencia en el soberano a confundirlos unos con otros considerándolos como partes o fracciones de un todo; y más recelosos todavía de que apoyándose en uno de ellos pretendiera imponer su voluntad a los demás, dando a ese Estado preferido una como hegemonía o superioridad sobre los restantes.

Hallábanse unos respecto de otros los pueblos y territorios que formaban los dominios de Carlos V, Felipe II y sus sucesores hasta la muerte de Carlos II, en situación si no idéntica, semejante a la del Estado dinamarqués antes de 1864, cuando se componía de un reino—el de Dinamarca—y de dos ducados—los de Schlesvig y Holstein—, sin más vínculo de unión entre sí que el de ser una misma persona el rey y el duque: como rey,

independiente; como duque, miembro de la Confederación Germánica, a la cual pertenecían los dichos ducados. La porfía del rey de Dinamarca en acabar con esa situación ambigua y hoy anómala, incorporando los Ducados, a despecho de sus naturales, al Reino, fué causa de varias rebeliones, y, por último, de la guerra que le privó de su soberanía sobre ellos. Ese caso, ordinario en la época feudal, cuando los reyes de Inglaterra podían ser a la vez, como duques de Guiana y de Normandía, vasallos de los reyes de Francia, se ha hecho poco común en nuestro tiempo. Sin embargo, hemos tenido, sin contar el caso ya citado de Dinamarca, varios ejemplos, harto recientes, de situaciones análogas, entre las cuales citaré la del reino de Hanover, que fué de los reyes de Inglaterra hasta que por haber recaído la corona inglesa en la reina Victoria, pasó a otras manos la de Hanover, que no admitía la sucesión femenina; la de los reinos escandinavos, que, sin unirse verdaderamente, tuvieron un soberano común durante casi todo el siglo XIX y primeros años del XX, hasta que de común acuerdo y pacíficamente (hecho muy insólito y extraordinario hoy), se dió Noruega rey aparte de Suecia; y tenemos todavía, entre otros ejemplos menos notables, el de la doble monarquía austro-húngara.

Tal era la situación en que se hallaban los Estados que con diversos títulos—unos de reinos, otros de principados, ducados, condados y señoríos—, pero todos completamente independientes unos de otros, formaban el patrimonio de nuestros reyes de la casa de Austria. Y no se crea que los Estados de ese conjunto que se encerraban en los confines de nuestra Península se considerasen más enlazados entre sí que con los de fuera de ella, o se sintiesen arrastrados uno hacia otros por la simpatía que se origina de la vecindad. Esa vecindad era motivo precisamente de que se mirasen con mayor recelo, por lo mismo que podía estimular en los reyes, que tan cerca tenían, el deseo de mezclarlos y confundirlos en una unidad que repugnaba a todos ellos y, muy especialmente, a los súbditos de la corona de Aragón, esto es, a los aragoneses, catalanes y valencianos, que viendo la preferencia que los reyes daban a Castilla al residir habitualmente en ella,

y sabiendo que sus libertades eran más amplias que las de los castellanos, comprendían instintivamente que en la unidad política española, si llegara a constituirse, habrían de salir perjudicados y de quedar en una situación subalterna que hería sus sentimientos nacionales.

Consígnase en todos nuestros tratados de historia, hasta en los compendios, y a modo de postulado, que los Reyes Católicos, por su matrimonio, efectuaron la unidad nacional. Es una afirmación gratuita que debiera borrarse de dondequiera que esté enunciada; es uno de tantos errores consagrados por la costumbre, y originados en el vicio de trasladar a lo pasado situaciones, criterios y puntos de vista relativos a tiempos muy posteriores a los de los sucesos. Ignoro cuándo y por quién fué hecha por primera vez esa afirmación; pero desde luego aseguro que es posterior al siglo XVII, porque a nadie pudo antes del XVIII ocurrirle siquiera formularla. La más remota sospecha de que del enlace de los Reyes Católicos hubiera podido alguna vez derivarse lo que llamamos hoy unidad nacional habría sido motivo bastante para hacerlo imposible. Durante su reinado y en los dos siglos siguientes siguieron siendo tan extranjeros unos para otros los Estados españoles como lo habían sido en los tiempos anteriores. La conquista de Granada no se hizo por Castilla y Aragón reunidos, ni con las armas y recursos de ambos Estados, ni para el conjunto de ellos, sino por Castilla y para Castilla solamente; el descubrimiento y colonización de América lo mismo, y bien claro lo dice el lema del escudo que a Colón fué concedido: "Por Castilla y por León, nuevo mundo halló Colón", no por Aragón, a quien ni siquiera por cortesía se menciona.

Todos los Estados así peninsulares como extrapeninsulares que formaban el patrimonio de nuestros reyes en los siglos XVI y XVII se miraban como extranjeros. El concepto de España como unidad política en que se comprendan los territorios y pueblos que actualmente la forman nació en la conciencia pública todavía después de consumada esa unidad, y fué concretándose y consolidándose con el curso del tiempo. La guerra de la Independencia fué seguramente el suceso que más contribuyó a dar a esa idea

de unidad valor y significado positivo, por ser el único que se encuentra en la historia de los pueblos peninsulares desde la época más remota en que obraron todos de acuerdo en defensa de una causa común.

Pero las ideas, como las palabras que las expresan, no nacen y viven aisladamente. Están ligadas con otras muchas, formando en cada momento lo que pudiera llamarse ambiente espiritual de la sociedad. Ahora bien, nuestro ambiente espiritual es tan distinto del de nuestros antepasados de hace dos o tres siglos, que nuestro lenguaje acerca de las cosas públicas sería para ellos ininteligible. A nuestro actual concepto de España como expresión de un organismo político definido, con caracteres propios comunes a toda ella, va unido el de un estado de relaciones entre gobernantes y gobernados tan nuevo como aquel otro. Las mismas palabras de nación, estado, pueblo, gobierno, patria, ejército, nobleza, soberanía y otras relativas a organización social y política, responden hoy a conceptos muy distintos que antes, y van asociadas a otras ideas, también nuevas y antiguamente desconocidas.

Trasladamos mentalmente la España de hoy al tiempo de los Reyes Católicos y al siguiente de la casa de Austria, y le atribuimos las miras, los pensamientos, las pasiones, las aspiraciones que en el día nos mueven; suponemos que entre gobiernos y súbditos había las mismas o análogas relaciones que hay al presente entre unos y otros; fingimos la existencia de un ejército nacional más o menos semejante al actual; creamos, en pocas palabras, una España fantástica, reproducción de la que conocemos o sólo diferente de ella en ciertos caracteres externos, de los cuales nos hacemos también una idea muy inexacta y arbitraria, más hija de impresiones que de realidades.

¡Cuán distintos son los hechos de esas concepciones imaginarias! Podían los Felipes y los Carlos titularse en las monedas *Hispaniarum reges*, reyes de las Españas, porque de alguna manera ha-

bían de llamarse, no siendo posible que en tan breve espacio como el de un disco de una pulgada consignasen sus verdaderos títulos de reyes de Castilla y León, Aragón, Nápoles, Sicilia, etc.; pero no por eso es menos cierto que ningún Estado que se llamase *reino de España* existía en sus dominios. No podían legislar, ni dar derechos y pragmáticas, ni imponer tributos, ni administrar, ni levantar un ejército, ni armar una flota para semejante reino de España, porque no lo había, y aun me atreveré a decir que ni aun aspiraban a que lo hubiese; y no ciertamente porque no les hubiera convenido crearlo, sino porque la idea de un reino de España, y mucho menos la de un reino que abarcase todos los innumerables dominios que poseían *no estaba en el ambiente de aquel tiempo*. Tal intento habría sido irrealizable.

Si no hubo, pues, en todo el período de dos siglos de la dinastía de Austria un reino de España, un Estado español, a pesar de que durante sesenta años de ese período estuvo la Península toda, la verdadera España, aunque dividida en varios reinos completamente distintos y autónomos, bajo el cetro de un solo soberano, ¿pueden referirse esa grandeza y esa decadencia de que tanto se habla a las vicisitudes políticas de ese Estado fantástico? Desde luego no; porque no puede subir ni decaer lo que no existe. Pero aun dado caso que considerando como baladí el importantísimo punto de determinar la identidad del sujeto acerca de quien va a tratarse y echándolo a barato, como suele decirse, considerásemos como una entidad política el conjunto de Estados autónomos que constituían los dominios de nuestros reyes, ¿sería sólo España la que habría pasado por esos períodos de grandeza y de decadencia? ¿No habría que incluir en esa entidad a Flandes, Holanda, Zelanda, Sicilia, Nápoles, Milán, el Franco Condado y otras regiones que exactamente con los mismos títulos y con igual autonomía que Castilla, Aragón, Portugal, y Navarra la integraban?

CRISTÓBAL DE REYNA

EL TABACO

Los antiguos defensores del tabaco, desde el punto de vista higiénico y terapéutico—y son muchos los que en ese sentido escribieron libros—, no podrían sostener sus opiniones ante las luces de la moderna ciencia. En el Congreso Internacional de ciencias médicas, de Bruselas, leyó el Dr. Drysdale, jefe del Hospital Metropolitano de Londres, un discurso acerca de *El tabaco y la higiene pública*, concluyendo que ni tiene ningún objeto higiénico ni trae utilidad ninguna.

El propio terrible mal del cáncer es muchas veces efecto de la acción mecánica del humo sobre las secreciones bucales y de su absorción. Aunque el llamado *cáncer de los fumadores* suele aparecer en los labios, se manifiesta también con frecuencia en la garganta y en el interior de las mejillas, según afirma el Dr. I. H. Kellogg en el trabajo que intituló *El mal monstruo*. El resultar de las estadísticas que el cáncer de la boca es más frecuente en el hombre que en la mujer, atribúyese al tabaco.

Para comprender el daño que los fumadores se hacen al estómago basta recordar el papel de la saliva en la primera digestión, y cómo con el humo del cigarro se excita y segrega en abundancia inopuntamente, dejando agotadas las glándulas salivales para cuando sería más precisa.

La disminución del apetito entre los fumadores, que puede llegar a perderse por completo, achácala el Dr. Imbert Goubeyré, en sus *Leçons sur le tabac*, a la gran cantidad de saliva que tienen que gastar.

Creen los fumadores que un cigarro después de la comida les sentará bien. No siempre les sucederá según su pensamiento. El eminente profesor de Anatomía Patológica Dr. Norman Dalton escribió lo siguiente: "También puede resultar la indigestión por fumar después de los alimentos; porque el continuar secretando saliva después que ha pasado el período de la digestión tiende a neutralizar el ácido y a parar la acción del jugo gástrico, causando fermentaciones".

Después de numerosas y precisas experiencias sobre diversos animales, a quienes se introducía en la boca, estómago y pulmones el humo del tabaco, los sabios Fleig y Visme han deducido que ejerce pernicioso influjo sobre todos los órganos de la vida vegetativa.

Además de los trabajos del americano Emerson Lee sobre la nefasta influencia del tabaco en el corazón, se han hecho recientemente otros por el método gráfico en los laboratorios de Fisiología experimental de París, de los cuales, comprobados en la Sociedad de Biología, resulta que para los cardíacos es tremenda amenaza el humo del tabaco, al cual cargan en culpa los médicos el crecimiento extraordinario en el número de los que padecen de este órgano. Claro, repara Strittmatter (*¿Vegetarismo o carnivorismo?*) que "el fumador no se apercibe de los efectos tóxicos sino al cabo de años, pero entonces el mal ya es incurable por lo muy avanzado".

La vista debilitase mucho con el tabaco, y hasta puede perderse por completo, siendo no pocos los casos en que ha sido preciso abandonarlo inmediatamente y en absoluto para poder salvarla. La enfermedad que en los ojos produce por el envenenamiento de la sangre el uso excesivo del tabaco, llamada por los oculistas ambliopía nicotínica, se desarrolla lentamente; y ahí radica la causa de que no alarme hasta que ya sea difícil su cura. De los datos recogidos por una revista alemana de oftalmología, aparece que en las naciones donde más se fuma es en las que trabajan más los oculistas.

Las vías respiratorias de los fumistas conviértense en verdaderas chimeneas. Al entorpecerse la salida del aire no pueden menos de sufrir los pulmones. Los médicos enseñan que representa grave trastorno funcional el alterar el ritmo respiratorio no respirando aire en cantidad suficiente y bastante puro al aspirar el humo del cigarro.

Dichas aspiraciones, atacando el órgano del olfato, le hieren y perjudican,

dando origen a facilidad en constiparse y a graves complicaciones en cuanto los catarros se descuidan.

El poder muscular se pierde gradualmente con el uso del tabaco, llegando a la parálisis de algunos miembros a causa de afectar a los nervios que gobiernan diferentes músculos. Por eso a los atletas se les recomienda la abstención de fumar si quieren salir victoriosos en sus ejercicios. Los temblores característicos de los grandes fumadores y la posturación que a ellos sigue explicanla los médicos por las convulsiones que la nicotina produce excitando el bulbo raquídeo.

Nada más asqueroso que los dientes de un fumador si no observa limpieza muy extremada. Pero aunque ésta fuese grande, no podrá evitar que sufran notablemente las encías, ni, en muchas ocasiones, dolorosas caries.

La nicotina, principio activo del tabaco, es de los venenos más violentos que se conocen. "Tóxico intensísimo para toda célula o fibra nerviosa, escribe el doctor Velázquez de Castro, especializa su acción sobre el nervio pneumogástrico, tan repartido por las visceras más importantes y delicadas del organismo". Así se comprende que de tan variadas dolencias sean víctimas los fumadores.

Además del veneno a que dió su nombre Nicot, dominan en el humo de la funestísima solanácea el óxido de carbono, el ácido carbónico, el hidrógeno sulfurado, la piridina, la viridina y los ácidos fórmico, acético, fénico, butírico y clanhídrico. Y es de advertir que si todo tabaco es malo, el barato—barato no, el que menos cuesta—, el que se gasta comúnmente, es pésimo, por la descuidada y codiciosa elaboración de las Compañías monopolizadoras, que sacan enormes ganancias explotando la pasión ciega de los miseros aspiradores de humo. La proporción de 2,81 de nicotina que calcula el doctor J. Koning, sólo es exacta en los ricos habanos.

El papel en que se envuelve el tabaco, y de cuya combustión se tragan juntamente los productos y residuos, es otro motivo para que no debiera haber tabaquistas, aun en el caso de que sean hojas de tabaco lo que consumen y no hojas de papel, que remojadas con jugo nicotiano, en cigarrillos aromáticos se con-

vierten. El que haya visto de qué trapos, vendas, lienzos e hilas se fabrica el papel de fumar, no podrá no sentir asco al tenerlo en la boca; y aunque los desperdicios de que se forma sufren gran transformación en las máquinas, no es fácil que mueran todos los infinitos microbios que pululan en las infectas sustancias que sirven de base a las envolturas de los cigarrillos.

No en todos los fumantes produce estragos iguales el narcótico. Algunos habrá inmunes. Pero ¿quién puede tener la seguridad de pertenecer a esa clase privilegiada? Los efectos venenosos del tabaco no se notan sino a la larga; y aun entonces a todo por lo común menos a él se achacan. El que durante algún tiempo se cree con fuerza para resistirlos, no sabe si toda la vida podrá decir lo mismo, o si de pronto se verá presa de males que no le acometerían con éxito a no encontrarle con la predisposición adquirida por una práctica que para muchos no tiene de vituperable sino el ser un poco ridícula y otro poco costosa.

Como hay un *alcoholismo latente*, insidioso, que es el resultado no del exceso del alcohol, no de embriagarse, sino de tomar diariamente una cantidad que suele parecer moderada, existe el *nicotismo*, enfermedad que, sin darse apenas cuenta el fumador, va minando y trastornando su organismo hasta quitarle toda resistencia a los golpes de los diversos accidentes morbosos.

Y, como en el alcoholismo sucede, este

BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

GRUPO B.

(Contemporáneos.)

R. PÉREZ DE AYALA.

LA PATA DE LA RAPOSA

JULES RENARD.

ZANAHORIA (POIL DE CAROTTE)

S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO.

LOS GALEOTES

GASTÓN LEROUX.

LA ESPOSA DEL SOL

D. CIRICI VENTALLÓ.

LA TRAGEDIA DEL DIPUTADO ANFRONS

STENDHAL.

LA CARTUJA DE PARMA

Cada tomo en tela blanca,

1,50 pesetas.

mal se propaga a la descendencia y continúa haciendo estragos durante varias generaciones en las personas mismas que tienen más aversión al tabaco.

Con razón dice Víctor Delfino en su trabajo *El tabaquismo factor de degeneración social*: "La salud pública está gravemente comprometida por el uso, cada día mayor, del tabaco".

Como otros muchos excitantes, el tabaco se presenta con apariencias que le hacen pasar ante algunos, no ya por inofensivo, sino por útil desde varios puntos de vista. A este propósito, leemos en la revista mejicana *Regeneración social*:

"El efecto del tabaco parece calmante y tranquilizador al que está acostumbrado a usarlo, haciéndole creer que tonifica y da poder; pero este es un sentimiento engañoso, porque aunque aparentemente parece ser una adición externa de fuerza nerviosa, en realidad no es sino una sustracción de energía que había sido acumulada para uso futuro. Vendrá tiempo cuando el sistema tendrá necesidad de recurrir a este fondo de fuerza nerviosa, y si el tabaco ya le ha menoscabado grandemente, resultará que el cuerpo no tendrá el poder necesario para proveer esa fuerza, dando lugar así a que se acelere la muerte, y se acorte por años la vida, que tal vez pudiera haber sido productora de utilidad y felicidad.

Después de un corto tiempo, el efecto estimulante del tabaco cesa, y los nervios son más trémulos que antes de que se le usaba. De modo que vemos a los adictos del tabaco sufriendo de muchas formas de nerviosidad.

Uno puede ser afectado especialmente en su genio, siendo irritable e impaciente; otro, no puede dormir bien; un tercero es turbado con temblor de las manos, notado especialmente en la escritura, y otros se asustan y excitan fácilmente."

En el prólogo que el Sr. Prieto de la Cal, representante de la Tabacalera, puso al trabajo del doctor Echávarri sobre los *Efectos morales del tabaco*, dice: "Vea cada cual los efectos que le produce y acomode a ellos el uso". Los efectos, sin embargo, aunque no en todos igualmente perniciosos, a poquísimo podrán serles de utilidad alguna.

Peligroso en todos los años de la vida el tabaco, en los primeros lo es de particular manera. Impurificando la sangre, dificulta la formación de los huesos, con lo que se retarda el crecimiento del cuerpo humano. Durante el período de desarrollo, el efecto del tabaco sobre el corazón se deja sentir más dañosamente, produciendo enfermedades de curación difícil. La irritabilidad que se observa en el temperamento de muchos fumadores es mayor si desde pequeños se entregaron al vicio.

El tabaco no produce solamente perjudiciales consecuencias del orden físico. En frase de J. Hericourt (1), "embota los sentimientos morales... Borra los escrúpulos e impide o destruye la bella floración de la conciencia moral".

El doctor Gueneau, de Mussy, ha hecho la observación siguiente: "El tabaco es el soporte de la ociosidad: permite no hacer nada sin pensar en nada, y desde este punto de vista requiere la atención de los moralistas".

Se cree un excitante del trabajo intelectual, y no hace sino obscurecer las dificultades que para llevarlo a buen éxito se presentan, según hace ver en *Los pequeños vicios* el conde de Tolstoi.

Merced a prolifas investigaciones en las Universidades americanas, los doctores Meyan y Clark han podido establecer que fumando se perjudica notablemente a la memoria.

El resultado del tabaco, escribió el doctor Mariscal en la *Higiene de la inteligencia*, es "cierta confusión de ideas, cierto estado de ilusión y desvarío, que hace veamos todo como a través de una niebla".

Como advierte Opisso en su *Medicina Social*, el tabaco "produce embotamiento de la inteligencia, alucinaciones, pérdida de la memoria, y es un factor de muchas enfermedades mentales".

Principalmente se causa esto en los cerebros jóvenes. Depiérriis, en su *Physiologie sociale*, hace una terrorífica descripción de los males que a la juventud provienen de entregarse al *demonio de la tentación del tabaco*. "Todo, según él, languidece y marchita con los vapores del narcotismo".

En Francia, la poderosa *Liga contra*

(1) *Los mandamientos de la higiene*.

el *tabaquismo*, al que se califica de no menos dañoso que el alcoholismo, consiguió que en la mayor parte de las escuelas se estampase la siguiente máxima: "El uso del cigarro obscurece y debilita la inteligencia de los jóvenes". En muchos países las leyes castigan severamente a los que vendan tabaco a los menores de edad, y a éstos el fumar públicamente les queda prohibido.

El Sr. Monlau, en el tomo segundo de su *Higiene pública*, después de asegurar que "el hábito de fumar es, en su esencia, inútil, gravoso y perjudicial", concluye: "Los padres deben procurar que sus hijos no contraigan tal hábito; los Gobiernos debieran procurar que no lo contrajesen los gobernados". En auxilio de Gobiernos y de padres entendemos nosotros que deberían venir los maestros. Su eficacia en la dirección de la niñez y de la juventud es realmente incalculable. Si ellos de veras se proponen que sus educandos cojan al tabaco aversión, lo conseguirán en la mayor parte de los casos.

De este modo harían un gran beneficio a la sociedad. Hoy nadie cree que con las humadas de los cigarrillos se consiga utilidad ninguna. Se contentan los

chupadores con decir para su defensa que no les hace daño. La ciencia confirma la exactitud del título que Lesus estampó al frente de su opúsculo, impreso en París el año 1626: *Non ergo alicui bono tabacocapnia*. Ahora bien; si, como escribe un gran higienista, el fumar "establece una necesidad nueva, tan imperiosa como inútil", ¿el prevenir contra ella, el poner de manifiesto sus grandes perjuicios, el evitar que se la contraiga, no será hacer algún bien a los escolares?

Tampoco de esta cruzada habrían de hallarse alejados los sacerdotes. Si la religión no prohíbe el tabaco, lo prohíbe la higiene; y esto bastaría. Ni es lo más compatible con la perfección evangélica un uso superfluo, caro, de puro placer, que domina frecuentemente la voluntad hasta el punto de no poder dejarlo; que es ocasionado a fatales accidentes de incendios y explosiones, que en la vanidad de los chicos para hombrearse suele tener origen, y que a muchas de las personas con quienes hemos de vivir en sociedad, molesta.

† ANTOÑÍN LÓPEZ PELÁEZ

Arzobispo de Tarragona.

CALLEJA

DICCIONARIO CASTELLANO DE BOLSILLO

PRIMERA EDICIÓN

Tiene más texto que un Diccionario grande, en menos tamaño que un Diccionario pequeño. Es el verdadero Diccionario Manual, ajustado a la comodidad del uso diario. Representa un trabajo atentísimo de expurgo y elaboración.

1.806 PÁGINAS. EN TELA
NUEVE PESETAS

TRES EMOCIONES FILOSÓFICAS

HUMILDAD, ADMIRACIÓN Y ANHELO

Es el filósofo, como Goethe, "del linaje de esos, que de lo oscuro hacia lo claro aspiran" y su primera, su fundamental incumbencia es hacer esfuerzo por introducir claridad en el confuso tropel de imágenes, sentidos y explicaciones que en nuestra mente bullen. No otra significación tiene el hecho, frecuentísimo en la historia del pensamiento filosófico, de que muchos sistemas comiencen por una confesión de ignorancia; por una saludable renuncia a admitir, sin más, lo que no aparezca con distinción y claridad a la contemplativa mirada del ansioso saber. El temple filosófico del espíritu, poséelo quien en la vida intelectual tenga la humilde escrupulosidad de considerar que las cosas y las ideas no son simples y que si las sometemos a detenido y minucioso análisis, les descubriremos pronto facetas nuevas con miles de insospechadas irisaciones, una riqueza inagotable de referencias y modos que nos centuplican el universo y por ende nos engrandecen a nosotros mismos, que hemos sido capaces de desentrañarlos.

Leamos a Platón. El intenso dramatismo que anima sus diálogos proviene en gran parte de esa marcha lenta y solemne con que avanza la investigación, descubriendo en cada paso un nuevo velo que parece descubrir un nuevo mundo. Sócrates, "humilde y errante" no tiene más bagaje y pertrecho, al lanzarse a esos viajes exploratorios, que una exigencia formal de claridad; está decidido a no contentarse con aparentes definiciones, y va dispuesto a deshacer el concepto hecho, para intentar su reconstrucción en un plano más profundo, esto es, más real: El interlocutor de Sócrates, en cambio, es un hombre sencillo, ingenuo y petulante—porque, en su sencillez e ingenuidad, cree que la realidad termina allí precisamente donde termina su corta mirada—para quien nada hay difícil, que sabe responder a todo y si de algo se admira es de que haya quien dude de la evidencia de lo que él afirma. El interlo-

cutor de Sócrates suele además ser un profesional; militar, retor, sofista, sacerdote, es decir, un hombre que de las cosas de su oficio debe saber más que los otros hombres. Por eso Sócrates, ávido de saber se dirige a él con preferencia y le pregunta: ¿qué es la valentía? ¿qué es la elocuencia? ¿qué la verdad? ¿qué la piedad? ¿qué la justicia? El perito empero le contesta rápido, con una fórmula breve, dogmática y, al parecer, evidente. ¿Qué va a pasar aquí? se pregunta ansioso el lector. Sócrates gusta de detenerse un punto, antes de emprender la lucha; alaba la discreción, la alta sabiduría de su amigo el profesional; sonríe modesto y afirma que las dudas y dificultades que le acosan son hijas de su profundo deseo de saber, no de un prurito vano de discutir. El lector presencia, con honda emoción, este jugueteo previo. Anúnciase el drama. Empieza la lucha.

El interlocutor, naturalmente, condesiende en dar a Sócrates las explicaciones que éste pide; oye, caritativo y benévolo, las primeras dudas que el filósofo le presenta. Dispónese a contestarlas con afectada superioridad y lo hace como un maestro paciente que enseña una verdad fácil a un chicuelo poco despierto. Pero Sócrates, ahondando más en las regiones oscuras del concepto, va sacando a luz nuevas relaciones que el profesional, su interlocutor, no había ni siquiera sospechado. La petulante suficiencia del principio comienza ya a tornarse en inquieta desazón. Pronto llega a ser franca derrota y entonces surge aquí, en este momento, una emoción intelectual nueva: la admiración.

La admiración es esencialmente una emoción intelectual. Admirar es primero *mirar* y además mirar hacia fuera, mirar hacia un objeto que no es la propia persona del que mira. En la admiración, el que admira se desprende, por decirlo así, de sí mismo, para entregarse íntegro a la contemplación de lo admirado. Es la admiración un recorrer incesante del obje-

to, en cuya visión aparecen a cada momento aspectos originales que detienen la mirada y la lanzan luego hacia otros puntos cercanos, los cuales a su vez la impelen hacia otros, de donde la mirada sale tan cargada de recuerdos y de imágenes que, al volver a posarse en el punto de partida, encuéntralo cambiado, enriquecido y renovado, como si por vez primera lo apercibiese, y entonces, como la vez primera, sale fresca y lozana a recorrer de nuevo el objeto y de nuevo a hallar en él motivos de perenne contemplación. Así como el organismo vivo es a un mismo tiempo medio y fin, de tal suerte que las partes del organismo funcionan para conservar al todo, y la conservación del todo a su vez es la condición precisa para que funcionen las partes, de igual manera es la admiración una emoción cíclica en donde el estado sentimental iniciado es la causa de su propia permanencia indefinida. La admiración se alimenta de sí misma, sin cesar. Es preciso para arrancarnos de ella, una decisión enérgica de la voluntad, que rompa el encanto, por decirlo así, y desate violentamente las ligaduras que nos unen con el objeto. ¡Tan poderosa es la atracción que sobre nosotros ejerce la cosa admirada!

Y adviértase que la admiración se distingue de las otras emociones en que la unión sentimental del sujeto con el objeto no se hace penetrando el objeto en el sujeto, sino por el contrario, yéndose nuestra mirada, y con ella nuestra alma, tras el objeto, el cual permanece como inmóvil, aguardando nuestra llegada, sin hacer el más mínimo ademán de acercarse a nosotros. Así, pues, la he llamado emoción intelectual; es emoción eminentemente objetiva y desinteresada; es emoción en donde el objeto domina en todo instante al espíritu y, por decirlo así, lo encadena.

Por eso la admiración no puede, en verdad, recaer sobre personas y sí sólo sobre cosas. Cuando recae sobre personas, trátase comúnmente de personas que han cumplido su existencia y se nos presentan en una totalidad compleja que no da lugar a incógnitas futuras por donde pudiera irse y perderse la contemplación. Nuestro semejante, viviendo ante nosotros, puede causarnos mil emociones diversas, mas no admiración, porque hay

una parte de su ser, el porvenir, que es como un corte en su persona, por donde resbala la mirada y se deshace la percepción. En cambio, una figura histórica, una obra de arte, una teoría científica o filosófica pueden provocar la admiración; hay en estos objetos una totalidad, una como concreción limitada, que da margen para que su riqueza infinita de aspectos y de matices se desenvuelva en realidades, sin deshacerse en la nada de lo que aún no ha llegado a ser.

El interlocutor de Sócrates empieza, pues, a admirar. Pero no a Sócrates, sino a las cosas que Sócrates le dice, va dirigida su admiración. Hase entreabierto ante él un nuevo mundo insospechado, y tras esta visión, aún imprecisa, va su ánimo atraído y como fascinado por una luz vivísima. Ha comprendido que detrás de la realidad aparente y superficial, que él tenía por única, hay otra realidad más honda y más verdaderamente real. Ha visto que la llave que abre las puertas de ese nuevo mundo está en sus manos, y no es otra sino la reflexión humilde y escrupulosa sobre las primeras impresiones y los conceptos apresurados. Entrégase desde este instante mismo; y, sin oponer la menor resistencia, déjase remover como Sócrates quiera.

Pero el drama filosófico no ha terminado aún. Con la admiración y en el seno de ella, como el germen vital en el seno materno, ha ido desarrollándose un nuevo sentimiento, el anhelo de penetrar en la verdad esencial entrevistada: Otra emoción intelectual.

Debemos distinguir el anhelo del deseo y de la aspiración. Las tres son emociones dinámicas, es decir, emociones en donde se representa el espíritu un tránsito de un estado a otro preferible. Pero lo son de distinto modo y con distinta intensidad. En toda emoción de las que llamo dinámicas hay tres elementos: un estado actual, un estado futuro apetecido, un movimiento o tránsito del primero al segundo. Pues bien, según que uno de esos tres elementos sobresalga en la combinación, así quedará diferenciada la emoción dinámica de que se trata. Si en el primer plano de la conciencia actúa con preferente fuerza la representación del estado actual como insoportable o intolerable, sin que aparezca clara la percepción del estado que ha de sustituirle,

ni la noción del movimiento o tránsito hacia él, entonces la emoción dinámica es aspiración vaga, es descontento; hemos señalado con valor negativo nuestro estado actual, pero aún no sabemos bien ni adónde vamos ni por dónde podemos ir.

Si en el primer plano de la conciencia actúa, en cambio, con insistente llamada la representación viva de un estado futuro posible, que nos atrae con fuerza, sin que aparezca clara la percepción del valor negativo del estado actual, ni del tránsito o camino que hemos de recorrer, entonces la emoción dinámica es deseo, es la afirmación de un valor positivo tras el cual se va nuestro ánimo con arrebatada violencia.

Por último, si lo que vemos claramente es la necesidad imperiosa de ejercitar una función de cambio, de caminar por un cierto sendero, de desarrollar una actividad por sí misma, sin que el punto de partida actual nos aparezca estimado ni en positivo ni en negativo sentido y sin que tampoco el punto de llegada se nos presente claro a la conciencia, fundando las excelencias del nuevo estado posible más bien en un escrupuloso cumplimiento de las condiciones de la actividad desarrollada, que una visión clara del punto hacia que vamos, entonces la emoción dinámica es anhelo, es el goce de caminar por caminar, de hacer por hacer, es la actividad en su total pureza.

Nuestra vida humana puede moverse a impulsos de la aspiración, del deseo o del anhelo. Si de la aspiración, entonces nuestra existencia correrá lánguida y casi moribunda, incapaces que somos de dirigirla firmes por un camino y hacia un objeto. Nuestra voluntad será siempre voluntad de cambio y no más; y este cambio nos será impuesto desde fuera. Iremos empujados como la hoja seca por el viento otoñal y apenas le quedará a un alma noble, aquejada de esa debilidad, otro recurso que el plañido poético de Verlaine.

Si por el deseo, entonces la vida se hará febril, rápida y futurista: la vida del siglo XIX, toda ella fija y pendiente de un ideal que se va cuando creemos cogerlo con las manos, ideal político, ideal económico, ideal moral. Nos olvidaremos de vivir en el presente, por querer acelerar la venida del futuro. Y, por no haber-

nos detenido en el camino, habremos pasado junto a excelsos valores sin otorgarles siquiera una mirada, sin otorgarnos siquiera el goce de una contemplación y el placer de un acto conscio.

Si por el anhelo, seremos en todo instante dueños de la vida, porque siendo la vida cambio y función o actividad, nuestro propósito no será otro que el de cambiar y ser activos con propia espontánea ley. La vida humana no es ni quietud en un estado bueno, ni salto de un estado a otro. La vida humana es proceso y continúa marcha y no parece que pueda haber mejor vida que la que lo sea plenamente, esto es, que la que sea tránsito continuo y conscio, una vida en donde el presente momento, como tal, cobre todo su valor ante la estimación humana.

En la vida intelectual, que no es sino un particular proceso de la vida en general, vale asimismo lo que acabamos de decir. La duda pura y simple, el descontento del actual estado, es apatía mental, y es tan perniciosa cuando es definitiva, como útil cuando es meramente signo de humildad y de anhelo hacia mejor verdad. La aspiración, como absoluta negación, conduce a la mudez mental, o, mejor dicho, encierra en su seno una verdadera contradicción.

Frente a ella, el dogmatismo cerrado, de una verdad definitivamente adquirida, es igualmente destructor de la vida intelectual, porque le veda todo progreso y la detiene, la osifica y la mata. Correr desalentado en pos de una verdad definitiva es exponerse a hallarla y a morir abrasado en ella, como en la luz se abrasa la mariposa.

También la vida del espíritu es vida, cuando es tránsito y movimiento conscio regido e impulsado por el anhelo. El interlocutor de Sócrates siente nacer en su pecho con la admiración el anhelo, y este anhelo se manifiesta en un uso reflexivo y constante de las capacidades mentales de cada uno. Sócrates va a terminar ya su conversación. Ha conseguido su objeto. El drama toca a su fin. ¿Creéis, acaso, que se ha llegado a una definitiva solución del problema inicial propuesto por Sócrates a su interlocutor? No. La verdad se atisba y su descubrimiento es siempre fragmentario y relativo. Pero, en cambio, Sócrates ha conseguido una solución mucho más digna de él, ha conse-

guido hacer pensar a un hombre e iniciar en un ánimo una actitud filosófica. Acaso este interlocutor de Sócrates sea el mismo que en el "Banquete" dice las siguientes suaves, profundas y comedidas palabras: "Antes de conocer a Sócrates, andaba yo de acá para allá, sin rumbo

fijo, creyendo que hacía algo, cuando en realidad era el hombre más desgraciado del mundo, como lo eres ahora tú, que opinas que cualquier cosa es mejor que dedicarse a filosofar."

MANUEL G. MORENTE

BOSQUEJO DE PSICOLOGÍA INFANTIL

I

LA PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL Y LA PSICOLOGÍA DEL NIÑO

1. *Objeto y método de la Psicología.*—La palabra *Psicología* significa ciencia del alma. Veamos ahora brevemente qué entienden los psicólogos contemporáneos por *ciencia del alma*. Los seres humanos vemos los objetos que nos rodean, oímos los ruidos que producen (claro que se exceptúan sordos y ciegos, lo que para el caso nada importa), percibimos la aspereza de una superficie, notamos un olor, recordamos las imágenes de las cosas, o los ruidos, contactos y olores, pensamos si dos objetos son o no semejantes, nos conmovemos ante la belleza de un paisaje, etc. Todos estos hechos indicados de nuestra vida constituyen, como se dice vulgarmente, la actividad del alma, o, como suelen decir hoy los psicólogos, la *conciencia* o la actividad de la conciencia. La actividad del alma o la conciencia es precisamente lo que los psicólogos contemporáneos consideran asunto de la Psicología y a lo que se refieren al hablar del alma. La cuestión de qué es el alma, de si es distinta de su actividad, material o espiritual, se estudia en la Metafísica. Directamente sólo tenemos noticia de la actividad del alma, tal como se da en cada uno de nosotros, y llegamos, por medio de razonamientos, a suponer lo que ella es. Por esto ha de preceder la Psicología a la Metafísica, siguiendo aquí el principio general de toda investigación científica, que prescribe se ha de comenzar por lo próximo y conocido para llegar a lo remoto y desconocido (1).

Podemos estudiar la vida del alma, o los hechos del alma, o los fenómenos anímicos o psíquicos, observándolos tal como se presentan en nuestra experiencia corriente. Por ejemplo, cuando surge un recuerdo en nuestro espíritu,

podemos fijarnos en él para observar *cómo sucede*. Lo mismo podemos hacer con un sentimiento de alegría o dolor, con la visión de un color o la consideración de una *semejanza* entre dos objetos. Procediendo así llegaríamos a obtener muchos y valiosos conocimientos. Además de la observación (1) podemos emplear el experimento en Psicología. Es decir, podemos producir un sentimiento, un recuerdo, a nuestro gusto y de un modo apropiado para observarlo. Es evidente que el segundo método (el experimental) ofrece ventajas que el primero (la observación) no tiene, pues nos es posible producir el fenómeno cuando lo deseamos y de manera favorable para ser estudiado. Además, como veremos más adelante, mediante el experimento podremos obtener *medidas mentales* o de sucesos del espíritu que son de gran interés teórico y práctico. La Psicología experimental es aquella que emplea en sus estudios el experimento. Nació hace unos cincuenta años, y su fundador fué el psicólogo alemán Guillermo Wundt. Hoy día se cultiva en todo el mundo civilizado, y existen laboratorios para llevar a cabo experimentos de Psicología. En España poseemos dos: uno en la Facultad de Ciencias de Madrid y otro en el Museo Pedagógico Nacional. El país en que dichos estudios se hallan hoy más adelantados es los Estados Unidos de América del Norte.

2. *La Psicología del niño.*—La Psicología experimental es una ciencia muy amplia que abarca ya diversas ramas. Podemos estudiar qué modo común tienen de suceder los hechos del alma en los hombres adultos, los niños y aun en los animales. Entonces haremos *Psicología general*, es decir, determinaremos cómo suceden, sea cualquiera el espíritu que se considere, los fenómenos anímicos, qué leyes *generales* rigen los hechos del espíritu. También podemos estudiar en particular la *Psicología*

(1) La Psicología moderna no necesita admitir ningún sistema metafísico, puesto que no supone ninguna Metafísica, sino que es independiente de ella.

(1) La observación psicológica suele llamarse *interna*, pues en ella volvemos hacia nuestro interior, y por este mismo motivo también *introspección*, palabra que etimológicamente significa dirigir nuestra atención hacia dentro.

del niño, la de los animales (*Psicología animal*), la de las sociedades (*Psicología social*), o también las características de cada individuo y sociedad, esto es, las *individualidades* (*Psicología individual*). Las antedichas ramas de la Psicología son hoy muy cultivadas por psicólogos especialistas en cada una de ellas. Nosotros nos ocuparemos de la Psicología del niño, dando una idea breve de lo que se sabe acerca del asunto de más utilidad para el maestro, y orientándonos siempre en un sentido práctico o de aplicación. Los trabajos hechos acerca de la Psicología infantil son numerosísimos. Existen sociedades y revistas especiales para ella, y esto es más importante si se considera que el estudio del espíritu del niño es sumamente moderno (1).

3. *Utilidad de la Psicología infantil.*—Cada día que pasa se ve más y más cuán necesaria es la Psicología para los educadores, padres, maestros, etc. El motivo fundamental de esto lo dirá lo que sigue. Hemos visto que el asunto de la *Psicología general* es la común actividad del alma o de conciencia, y el de la *Psicología infantil*, la actividad del espíritu del niño o de la conciencia del niño. La actividad mental, ya se dijo, obedece, como todo en el Universo, a determinadas leyes, que en los artículos que siguen iré exponiendo. Ahora bien, la educación consiste en influir intencionalmente (2) en la vida de un individuo; a saber: en la vida física (educación física) y en la vida mental, y, por lo tanto, en la actividad de su alma, para desarrollar dicha actividad vital en el sentido fijado por el ideal que tenemos de

(1) Véase: Barnés, *Fuentes para el estudio de la Psicología*, Madrid.—Publicaciones del Museo Pedagógico, 1917.

(2) El influjo no intencional procede del medio social y natural.

la existencia humana. Cuando queremos influir en una actividad que tiene una manera propia de producirse (el movimiento de un cuerpo, un torrente de agua, la circulación de la sangre, o una actividad psicológica, como el pensar, el recordar) y no conocemos esta ley o manera de surgir, corremos el riesgo de no conseguir resultado alguno, pues la actividad sigue su camino, o de conseguir un mal resultado, pues se falsea. Y esto, por la sencilla razón de que sobre una actividad no podemos influir mediante acciones nuestras arbitrarias. Lo único que nos es dado es producir en la realidad un cambio, al que sabemos, por experiencia, que sigue una modificación de la actividad que se desea influir; es decir, debemos moldearnos al curso de la actividad, someternos a su ley, si queremos trasformarla. Por esto la ciencia y la práctica de la educación necesitan de un estudio total del niño o Paidología, de la que es una parte la Psicología infantil. Sin embargo, recordemos que la Psicología no es la única ciencia que ha de fundamentar a la Pedagogía. El ideal del hombre, que sirve de guía al educador, sólo lo hallamos en la ética, y, como hemos visto, la Paidología incluye estudios que no son psicológicos.

Después de lo anterior será fácil comprender cómo también la Psicología es del todo precisa para los que ejercen profesiones de juez, abogado, médico y otras, en las que necesitan aproximarse tantas veces al espíritu del niño. Es más, todos estamos obligados, si hemos de pensar en las generaciones futuras, a conocer al niño para poder por nuestra parte cooperar a su libre y eficaz desarrollo.

J. V. VIQUEIRA

Catedrático de Filosofía en
el Instituto de la Coruña.

LAS FÁBULAS DE LA FONTAINE

ESCOGIDAS Y TRADUCIDAS

EN VERSO POR

E. DIEZ CANEDO

GRABADOS Y LÁMINAS EN COLORES DE

T. C. DERRICK

UN LINDO TOMO EN PASTA CON CUBIERTA

EN COLORES

DOS PESETAS

CASA EDITORIAL CALLEJA FUNDADA EN 1876 MADRID

28, Calle de Valencia.

EL INTERÉS INDIVIDUAL Y EL SOCIAL EN AGRICULTURA

EN nada de índole didáctica debe serse tan prudente y discreto en dictar reglas y aconsejar procedimientos como en materias en que la práctica interviene más que la teoría, y de ellas, muy especialmente, en las que se refieren a economía rural y agricultura. Abundaron en todo tiempo los agricultores de gabinete, que sin práctica alguna en cosas de campo, y guiándose solamente por sus propias ideas, aunque fundadas muchas veces en razones lógicas y teorías científicas, pretenden enseñar a los labradores su propio oficio, y los acusan de ignorantes y de rutinarios, por su apego a antiguas prácticas y costumbres, que a menudo califican de irracionales y absurdas.

Debieran no olvidar los que así se erigen en maestros de una facultad que sólo conocen por lecturas y lucubraciones, que la rutina en la gente rústica no es causa sino efecto; siendo su persistencia en seguir procedimientos inveterados y su desconfianza de novedades, hijas de una larguísima experiencia de siglos; que el interés propio y el afán de mejorar es tan agudo acicate de la conducta en el hombre de campo como en el de cualquiera otra condición, y que en agricultura, más que en materia alguna de la esfera de lo práctico, reglas y procedimientos excelentes en unas partes y con el concurso de determinadas circunstancias, son malos en otras donde las condiciones naturales o causas de cualquiera otra índole pueden oponerse a su aplicación.

Las innovaciones, cuando son positivamente convenientes, se abren siempre camino, y muy pronto, tanto en agricultura como en todo otro terreno de la actividad humana. Nadie, no enterado de que la patata era completamente desconocida en Europa como tubérculo comestible hasta muy avanzada la segunda mitad del siglo XVIII, y de que el maíz era también desconocido antes del XVI, pensaría sino que datan de tiempo inmemorial en Europa, al ver la exten-

sión de su cultivo y lo indispensable de ambos productos en la alimentación de los pueblos de nuestro tiempo. Hasta cabe preguntarse cómo vivieron durante todo el curso de los tiempos históricos pueblos cuya existencia, sin el maíz y la patata, apenas puede concebirse hoy.

Pero si el interés propio individual es un factor tan eficaz en el bienestar y en el mejoramiento y progreso colectivo, que puede, y aun debe en muchos casos descansar la sociedad tranquilamente en su influencia, sucede también que el interés individual y el social estén en pugna y se haga necesario al último imponer reglas y dictar medidas que refrenen la libre acción del primero.

Hay en el campo de la agronomía un ejemplo muy a la vista y muy elocuente, de oposición entre la conveniencia individual y la pública: el que atañe a la economía forestal; al mantenimiento y explotación de los bosques y del arbolado en general. Y es digno de notarse que ese espíritu rutinario de que tanto se acusa a la gente de campo pierda completamente su energía cuando se trata de producciones, como los árboles, en que tanto interviene el tiempo, y cuya existencia puede considerarse como expresión viviente de la rutina; porque, ¿podría haber árboles de los que alcanzan gran corpulencia, sin gran respeto a lo que se halla establecido y a la acción de la Naturaleza, respeto persistente durante el largo tiempo que tales árboles requieren para su desarrollo? Pero tratándose de bosques, es la sociedad quien tiene que mostrarse rutinaria, en lo que a respeto a los árboles toca, y oponerse al espíritu innovador individual, que se manifiesta por el irreflexivo deseo de destruirlos en su propio provecho.

La propiedad agraria tiene caracteres que la distinguen esencialmente de la propiedad de cualquiera otro género; porque todo lo que vive, y todos los hombres por lo tanto, y la sociedad entera, considerada en conjunto, dependen de lo que la tierra produce. A ella van a pa-

rar en última instancia todos los esfuerzos del hombre, porque el trabajo humano, sea de la clase que se quiera, tiene por objeto la adquisición de materias que sólo la tierra proporciona, y que son absolutamente indispensables. El dueño de territorio puede ser comparado al de un pozo que fuera el único depósito de agua de que se surtiera el vecindario de una ciudad sitiada.

Es, pues, una propiedad la agraria, tan subordinada a la conveniencia pública que en muchos pueblos tuvo siempre carácter colectivo, y hasta en donde más se la asimila a cualquiera otro género de propiedad, está limitada por rigurosas cortapisas; porque si es incuestionable el derecho de todo hombre a disponer de lo suyo, también lo es que nadie puede considerar como suya la tranquilidad, el bienestar y hasta la vida de la sociedad toda. ¿Y cómo no ha de limitarse el derecho de propiedad territorial en un individuo, cuando debiera limitarse también, si hubiera modo, el de la sociedad de un tiempo para disponer a su albedrío de lo que pertenece tanto como a ella a las sociedades que la precedieron y a las que han de sucederla? Las funestas consecuencias de las talas de bosques que se hicieron en España en los tiempos pasados las estamos sufriendo los que hoy vivimos, así como esas y las que traigan consigo las talas que al presente se hacen las sufrirán las generaciones venideras.

No puede considerarse de igual grado el derecho de propiedad territorial en todos los casos. No se es tan dueño de un bosque como de una sementera. Ésta es obra de un breve tiempo; el bosque lo es de muchas generaciones. El que destruye un campo de trigo puede reemplazarlo; el que destruye un bosque no. Las consecuencias de lo uno o de lo otro son muy distintas: unas son insignificantes y sólo afectan temporalmente a una pequeña localidad y a un corto número de personas; las otras gravísimas y las sufren durante muchos años y hasta siglos, varias comarcas y grandes muchedumbres humanas.

Las talas de arbolado son motivo de cambios desfavorables en el clima, de disminución en la cantidad de agua llovediza y por lo tanto de la corriente y de la subterránea, de la consiguiente es-

casez en las cosechas, y hasta de empobrecimiento de los terrenos, cuya capa vegetal, desprovista de raíces que le den consistencia, se desmorona y es arrastrada por las aguas, que a la larga la conducen al mar.

Razones son todas estas que han movido a las autoridades sociales de muchos pueblos civilizados a dictar leyes que limitan la propiedad sobre los árboles. Ni en Francia, ni en Alemania, ni en Suecia es dueño absoluto el propietario de un terreno de los árboles que lo cubren. Los cortes de árboles están reglamentados rigurosamente, de modo que lo que se pierda por lo que se corta se gane por lo que se plantó oportunamente para reemplazarlo. De otra manera, hace ya tiempo que no habría bosques en Francia, ni en Suecia, ni en Alemania, como van desapareciendo de otras regiones del mundo donde o no hay leyes que repriman las talas, o las que hay no se cumplen, con gran perjuicio para el porvenir de las poblaciones. En España estamos sufriendo hace mucho tiempo las consecuencias de las talas que se vienen haciendo desde hace siglos; en los Estados Unidos, donde se han hecho sin medida en el curso del último, comienzan ya a experimentarse. El respeto y el cariño a los árboles es uno de los signos por que más ostensiblemente se manifiesta la cultura de un pueblo.

RAMÓN DE CASTRO

BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

GRUPO C.

(Clásicos.)

F. DE ROJAS.

LA CELESTINA O TRAGICOMEDIA
DE CALISTO Y MELIBREA

MONTESQUIEU.

CARTAS PERSAS

ARCIPRESTE DE HITA.

LIBRO DE BUEN AMOR

FR. LUIS DE LEÓN.

DE LOS NOMBRES DE CRISTO
(Tomo I.)

FR. LUIS DE LEÓN.

DE LOS NOMBRES DE CRISTO
(Tomo II.)

GARCILASO Y BOSCÁN.

OBRAS PORTICAS

Cada tomo en tela azul, 1,50 pesetas.

LA ESPOSA DEL SOL

(NOVELA)

POR GASTÓN LEROUX

LIBRO PRIMERO

RESUMEN DE LOS FOLLETINES ANTERIORES: Un académico francés, Francisco Gaspar Ozoux, y su sobrino Raimundo, llegan al puerto del Callao. Va el primero, con una misión científica, a estudiar las antigüedades incaicas; al joven, ingeniero, más que el interés de su profesión, le lleva al Perú su amor por María Teresa, hija del marqués Cristóbal de la Torre, a la que conoció en París, donde ella se educaba. Vuelta al Perú, al morir su madre, se pone al frente de una explotación de guano, que dirige con claro talento mercantil, mientras el bondadoso marqués, harto poco aficionado a quehaceres materiales, se dedica a vagos estudios históricos. Corre el ingeniero, dejando a su tía desembarcar con su impedimento, en busca de María Teresa, a quien encuentra en su oficina. Por una colisión con los obreros chinos, acaba de despedir a sus empleados indios, el principal de los cuales, Huáscar, que pertenece a la casa desde los tiempos de la madre de María Teresa, es muy respetado por todos. Salen los jóvenes hacia el puerto para recoger a Francisco Gaspar, y María Teresa, por precaución, da aviso al inspector de policía de la marcha de los indios, cuya ausencia se advierte por todas partes. Pero se justifica por la proximidad de la fiesta del Interaymi, que los quichuas celebran cada diez años y que a la sazón tiene inactivos al ejército presidencial y a los revolucionarios del pretendiente García, porque uno y otro emplean tropas indias. Llegados al puerto, encuentran al académico francés.

Van juntos a Lima, y sigue preocupándoles la ausencia de indios. En una calle les corta el paso Huáscar, que, ante las preguntas de María Teresa, sigue haciendo protestas de amistad. El marqués Cristóbal de la Torre, su hijo Cristobalito y dos ancianas, la tía Inés y la dueña Irene, reciben a los viajeros. Ellas refieren a Francisco Gaspar la supervivencia de las costumbres antiguas que exigen, en la fiesta del sol, el sacrificio de una joven de la raza conquistadora, a quien por eso llaman la "Esposa del Sol". A la elegida le envían antes, misteriosamente, una pulsera. Diez años antes, desapareció en tales circunstancias María Cristina de Orellana, de una de las principales familias. En esto un criado trae, certificada para María Teresa, una cajita en que está la pulsera de "La Esposa del Sol". Nadie sabe quién la ha enviado. Creen en la broma de algún pretendiente desdenado por María Teresa; pero éstos lo niegan. María Teresa, para tranquilizar a su padre, pide a Raimundo que diga que ha sido él quien envió la pulsera. Salen luego a visitar en los alrededores unas excavaciones famosas.

(CONTINUACIÓN)

Partieron en automóvil por un camino infernal, amenazados ya por las sombras de la noche y perseguidos por siniestras bandadas de "gallinazos", esos buitres negros hambrientos, a los que, sin embargo, toleran y hasta respetan en las calles del Perú, porque el municipio sabe que contribuyen a la limpieza de la población.

El automóvil avanzaba por una llanura inmensa en la que se sucedían las haciendas y los "potreros", praderas en las que se crían caballos y que están separadas unas de otras por tapias, especie de cercas de tierra de un metro de altura sobre poco más o menos. Luego la llanura sólo ofreció a la vista un arenal, vasta extensión lúgubre cubierta de huesos, de los esqueletos de aquellos desgraciados que los coleccionistas habían desenterrado dejándolos blanquear al sol.

—¡Qué alegre es este camino!— exclamó Raimundo.

María Teresa, sin cesar de dirigir lo me-

yor que podía su carruaje, señaló con la mano unos mestizos que habían dejado solos a los caballos en una hacienda para jugar una partida de bolós con unas calaveras soberbias: una tibia les servía de hito (1).

Pronto llegaron a los alrededores de Ancón, en donde encontraron al marqués, a Francisco Gaspar y a todos los miembros de la Sociedad que se paseaban por las más importantes "huacas", cementerios indios del tiempo de los incas. Todo estaba lleno de oscuras cavidades. En cada una de ellas había dormido una momia, a la que habían arrancado de su sueño milenario. Raimundo y María Teresa se apearon del auto, pero no se unieron a los grupos. Paseábanse solos, tristes, por entre aquellas ruinas fúnebres. Habían despedido al auto, que el "boy" condujo a su garage de Ancón.

—¿Por qué no dejar dormir en paz a los

(1) Viaje al Perú de L. y J. Verbrughe.

muestrados cuando la vida es tan bella?—dijo la joven estrechando la mano de Raimundo.

Este la hizo sentarse en un montículo, al abrigo de todas las miradas; se arrodilló a su lado y le juró que la amaría toda su vida; se lo juró por todos los muertos que había en aquel paraje. Y en aquel sombrío cementerio unieron sus labios. El rumor de un discurso les volvió a recordar la muerte.

El presidente de la Sociedad, seguido de toda su gente, explicaba los trabajos conforme iba pasando por delante de las excavaciones, más recientes.

—Paseando por esta necrópolis—decía—puede uno evocar la sombra de los incas y creerse por un instante entre ellos... He aquí una fosa de dos metros, en el fondo de la cual ha sido hallado un bulto cubierto de arena. Este bulto era el perro que sacrificaban sobre la tumba de su amo, y que debía acompañarle, como su mujer y sus servidores; el perro tenía aún al cuello la cuerda que había servido para estrangularle y las patas atadas. Después encontramos el cadáver de la esposa, que también tenía una cuerda al cuello y que debió ser estrangulada, lo mismo que el perro, tal vez porque no tendría valor para darse la muerte por su propia mano. Por último tuvimos la alegría de oír al obrero gritar: "¡Aquí está el muerto!" (1) porque, para los indios, todo cadáver que no sea el del amo no es digno de interés. Y pronto, en efecto, el mismo jefe—enorme envoltorio de telas—salía de la fosa y era depositado aquí, a mis pies. Desatamos las bandeletas y los paños en que estaba envuelto. Los paños y la momia se hallaban en un estado de conservación maravilloso...; la piel se adhería aún a los huesos de la cara, y el jefe había conservado su cabellera y todos los dientes. ¡No hacían más los egipcios, señores!... (2).

En aquel momento promovióse cierto tumulto y corrió el rumor de que los obreros acababan de hacer un descubrimiento sensacional: el de tres jefes incas "con unas cabezas rarísimas".

Los grupos volvieron sobre sus pasos y Raimundo y María Teresa, los siguieron. Y presenciaron una exhumación de momias verdaderamente fantástica.

En aquellas tumbas habían hallado, primero, saquitos llenos de maíz y de hojas de coca, y jarros que habían debido contener chicha, en fin, todo lo necesario para el gran viaje. Luego, encontraron vasos de oro, ánforas de plata, copas, estatuillas, joyas; todo un tesoro que

un azadonazo acababa de descubrir y que había sido depositado al borde de la fosa. Por último, las tres momias de los jefes fueron desenterradas o, mejor dicho, extraídas de entre la arena con mil precauciones. Y un miembro de la Sociedad les descubrió el rostro... Fué un espectáculo casi aterrador...

Para comprender lo que Raimundo y María Teresa vieron, es preciso saber que los incas, como aún hacen, por lo demás, en nuestros días, los vascos de la montaña, "daban a los cráneos de las personas vivas la forma que querían". Los cráneos de los niños los deformaban por medio de tablitas unidas y atadas con cuerdas; ya daban al vértice de la cabeza la forma de un cono; ya le aplastaban para que el cráneo se desarrollase en sentido lateral; ya le convertían en una enorme calabaza, etc.... En la actualidad conocemos la razón de estas diferentes deformaciones. Los incas no desconocieron las ciencias frenológicas, y, por precursores de Gall y de Spezhurn, trataban de desarrollar tal o cual cualidad guerrera o intelectual aumentando tal o cual parte del cerebro. Pero se ha comprobado que sólo se permitía deformar las cabezas de los hijos de Inca, destinados a las más altas funciones. El pueblo estaba condenado a vivir con su cráneo y su cerebro ordinarios.

Como hemos dicho, aparecieron las cabezas de tres jefes: ¡qué aparición!

Una de aquellas cabezas era cuneiforme, es decir, que se alargaba como un enorme "pilón de azúcar". Y resultaba verdaderamente repugnante aquella frente de pesadilla, de monstruo apocalíptico, rodeada de cabellos que parecían pertenecer a un vivo y que la brisa del mar agitaba suavemente; la segunda cabeza estaba aplastada como un capacete, muy inclinada hacia atrás. La tercera parecía una verdadera caja cuadrada, "una maletita" (1).

FANTASMAS EN UN BALCÓN

María Teresa retrocedió ante aquella espantosa visión, y a despecho de la curiosidad que su prometido manifestaba, le arrastró lejos de todas aquellas sepulturas violadas. De esta suerte llegaron a la playa, que, en Ancón, es generalmente un lugar tranquilo y apacible. Las olas del Pacífico van a morir en ella en una calma absoluta. Las corrientes y la resaca son allí poco sensibles. Del mar emana una paz inmensa. Los limeños han convertido este puerto en un balneario de los más conocidos, pero que, en aquella estación, estaba aún desierto. María Teresa y Raimundo llegaron a la "villa" del marqués de la Torre al anochecer, impresionados todavía por las extrañas caras de los muertos que acababan de ver. En vano querían reír, en vano trataban de bromear. La brisa, que al ocultarse bruscamente el sol había empezado a soplar con mayor vio-

(1) En castellano en el original.

(2) M. Paul Walle, que ha visitado el Perú, dice en su libro:

"Los viajeros van a Ancón para ver los cementerios subterráneos del período inca, enterrados bajo los montículos de arena. El espectáculo, aunque instructivo, no es agradable, y es preciso tener los nervios poco sensibles para contemplar sin horror ni repugnancia el espectáculo que ofrece el espacio inmenso en donde los incas habían construido su necrópolis.

"Por todas partes, al pie de los montículos, junto a las huacas destruidas y vacías, se ven troncos de momias, cráneos provistos aún de sus cabelleras, brazos y piernas cubiertos de trozos de piel amarillenta y arrugada confundiendo con restos de vasijas y con telas hechas un puro jirón."

(1) El doctor Morton habla de la existencia en América de cuatro deformaciones artificiales:

—La cabeza cuneiforme (deformación occipito-frontal).

—La cabeza simétrica alargada (deformación fronto-sinopto-parietal).

—La cabeza irregularmente comprimida y dilatada.

—"La cabeza cuadrangular".

El doctor Gorsse, por su parte, añade otras doce.

lencia, levantaba en la oscuridad blancos y ligeros remolinos de arena que, al girar en torno suyo, parecían otros tantos fantasmas que hubieran salido del fondo de las "huacas" para echarles en cara su impiedad y sus sacrilegios. Aquellos muchachos no se asustaban fácilmente. Sin embargo, se alegraron mucho cuando, al llegar a las puertas de la "villa", se les acercó un enorme mayordomo, el criado de Cristóbal, un ser de carne y hueso, quien les dijo que el marqués y Francisco Gaspar habían llegado ya. Una criadita quichúa, llamada Concha, se arrojó a los pies de su ama con las demostraciones acostumbradas de amor y de adhesión, asegurándole que durante su ausencia estaba muerta y que sólo vivía verdaderamente en su presencia.

—Mira qué criadas tenemos aquí por ocho "soles" al mes—dijo María Teresa, completamente repuesta ya de sus emociones y solicitada por los detalles de la administración de la casa—. Y hay que tener en cuenta que esta chiquilla hace admirablemente el "puchero", un cócido criollo del que ya me hablarás, querido Raimundo.

—¡Ama!—dijo la criadita sonriendo complacida con sus enormes labios que le llegaban de oreja a oreja—, le he preparado el "locro", que tanto le gusta.

Aquella noche despacharon la cena en un momento porque todos estaban cansados, y Francisco Gaspar debía levantarse al amanecer. Raimundo y María Teresa se habían atracado prosaicamente de "locro", maíz cocido en agua azucarada con pedacitos de carne, aliado con pimienta picante y rociado con "chicha", la bebida de rigor para todos estos platos populares, y cuando se encontraron en el principal en el momento de separarse para dirigirse a sus habitaciones, pudieron recordar, riendo, su miedo de la playa, después de su huida de las "huacas". La mano de María Teresa no acertaba a separarse de la de Raimundo.

—¡Tenga muy buenas noches la Virgen del Sol!—dijo el joven, y depositó un beso precipitadamente en el disco del sol que brillaba en la muñeca de su novia—. Supongo que no dormirás con esa pulsera, que viene no se sabe de dónde, no se sabe de quién...

—Desde esta tarde la tengo cariño... y como tú has puesto en ella los labios, Raimundo, la conservaré...; no quiero otra prenda de nuestra felicidad...

Y entró en su cuarto.

Aún no había cruzado el dintel cuando lanzó un grito terrible y salió, enloquecida, a la escalera.

—¡Allí están!... ¡Allí están!...—balbuceó dando muestras del mayor espanto.

—¿Quiénes?... ¿quiénes?—interrogó Raimundo, aterrado al verla en un estado tal de agitación y de excitación nerviosa. Daba dientes con diente.

—¡"Los tres cráneos vivos"!

—María Teresa, ¿pero te has vuelto loca?...

—Te digo que están ahí los tres, "los tres cráneos vivos están apoyados contra los cristales de mi balcón"... Me han mirado, al entrar en la alcoba, con unos ojos en los que han

vuelto a brillar las pupilas. ¡Raimundo, Raimundo!, ¡no, no, no entres...; llama a papá!

El joven entró en la habitación, iluminada por la luz que aún vacilaba en las manos de María Teresa. Se dirigió a la galería, que daba por un lado a la plaza y por el otro a la llanura iluminada por la luna en que durante el día las sacrilegas piquetas habían profanado las moradas milenarias de los muertos... Y no vió nada que no fuese completamente normal. Volvióse hacia la joven, que, siempre temblando, se apoyaba en la puerta, y le dijo que indudablemente había sido víctima de una alucinación...

—Vamos, María Teresa, tú que eres tan sensata...

—¡Raimundo, te digo que los he visto!...

—Pero, ¿qué es lo que has visto?...

—Allí, en el balcón, detrás de los cristales... los tres cráneos de los tres jefes incas, los tres horribles cráneos que me miraban...

—¡Pero, María Teresa, vuelve en ti! Demasiado sabes que los hemos visto sacar de la fosa... Tal vez estén aún allí...; ¿cómo quieres que vengan a pasearse por tu balcón?... ¿Crees en aparecidos, en fantasmas?...

—¡No, no!... ¡pero te juro que los tres hombres que he visto no estaban muertos, estaban vivos!

Raimundo, para tranquilizarla, se creyó obligado a lanzar una carcajada.

—¡No te rías!... ¡no te rías!... ¡Les he reconocido perfectamente! Estaban los tres: "el cráneo en forma de capacete, el que parecía un pilón de azúcar y el que figuraba una maletita"... ¡Exactamente, exactamente!...; ¿qué venían a hacer aquí? ¿Podrías decirme?...

Cristóbal, atraído por el ruido que hacían los dos jóvenes, se burló del miedo infantil de María Teresa. El tío Francisco Gaspar se presentó también, con su gorro de algodón. Su aparición hizo reír a todos, excepto a María Teresa. Para que se tranquilizase fué preciso que el mayordomo diese la vuelta a la casa. Regresó sin haber visto nada sospechoso.

—Indudablemente, los muertos de esta tarde te han trastornado, hija mía; sin embargo, te creía más animosa, dijo Cristóbal.

María Teresa no quiso dormir en su cuarto y se hizo preparar otro en el extremo opuesto de la "villa". Entretanto, Raimundo conseguía calmarla. La joven comprendió al fin que la había impresionado, "que no había podido menos de impresionarla el fúnebre espectáculo de aquella tarde"... y al fin convino en que, efectivamente, los cráneos de los muertos no salen de las tumbas para pasearse por detrás de los balcones de las muchachas.

Reconocía que había estado ridícula, y se retiró con Raimundo al balcón del salón del piso principal para poder confesarle, a él, que la creía tan sensata, hasta qué punto estaba avergonzada de sí misma.

Aquel balcón daba al mar, cuyas olas, por aquella parte, venían a morir al pie de la "villa". La inmensa paz del océano acabó por calmarla por completo. Y se quitó su pulsera tranquilamente.

—Tal vez sea esto lo que me tiene tan nerviosa—dijo. La verdad es que antes de usar

esta pulsera desconocida, nunca fui tan tonta que viese fantasmas en mis ventanas...

Y arrojó la pulsera al mar.

Raimundo no trató de impedirselo.

—¡Te aseguro que no me disgusta esa solución!—dijo—. Te regalaré un anillo, como hace en Francia cada hijo de vecino, y por lo menos sabremos de qué joyería procede!...

Todos se fueron a descansar. La noche transcurrió sin incidentes. Pero a eso de las siete de la mañana, un grito horrible, que resonó en el cuarto ocupado por María Teresa, obligó a Raimundo y a los criados a precipitarse en aquella dirección...

Penetraron en la habitación. María Teresa estaba sentada en la cama, jadeante, con la mirada extraviada. Contemplábase fijamente el brazo. María Teresa acababa de despertarse con "la pulsera del Sol de oro"...

LIBRO SEGUNDO

LA EVOCACIÓN DEL PASADO

El suceso era tan extraordinario, que Raimundo experimentó un terror casi tan grande como el de María Teresa. No sabía qué decir al ver el espanto de la joven. La vispera por la noche la había visto arrojar la pulsera al mar desde lo alto del balcón, ¡y he aquí que al despertar la infernal alhaja brillaba de nuevo en el brazo de su prometida!

¿No había motivo para que se preocupasen hasta los más escépticos?

Recordó, repentinamente, todas las consejas que le habían contado las dos ancianas, y en vano trataba de rechazar la idea de la cruel leyenda. Esta se aparecía entre ambos jóvenes en todo su horror.

En aquel momento, el marqués y Francisco Gaspar, atraídos por los gritos y la agitación de los criados, entraron en la alcoba. Vieron a los dos jóvenes mudos y despavoridos. Cristóbal, temiendo alguna catástrofe, pidió precipitadamente algunas explicaciones, que en el acto le dieron. Raimundo le confesó que, a ruegos de María Teresa, había cargado con la responsabilidad del envío de una joya cuyo origen ignoraba, y contó cómo la joven, antes de retirarse a descansar, se había desembarazado brutalmente de la pulsera fatal.

María Teresa temblaba de fiebre. Su padre la estrechó en sus brazos.

Más que el relato de aquella inverosímil aventura, impresionó a Cristóbal el estado de su hija. La había visto siempre tan dueña de sí misma, aun en las circunstancias más difíciles, que experimentaba, a su vez, invencible angustia al verla tan "medrosa" ante aquel misterio.

En cuanto a Francisco Gaspar, entusiasmado en el fondo al ver el giro que tomaban los acontecimientos, destinados a proporcionarle materia para uno de los capítulos más interesantes de su viaje trasatlántico, repetía: ¡No es posible!... ¡No es posible!...

Y tan posible era, que todo se explicó de la manera más sencilla y hasta de la manera más prosaica.

Conchita volvió de la compra.

Regresaba de Ancón y llegaba desalada con el propósito de ayudar a su ama a vestirse. Encontró la casa en conmoción, y arriba, en la alcoba de María Teresa, a toda la familia reunida alrededor de la famosa "pulsera del Sol de oro".

Entonces, con infantil ingenuidad, contó que al dirigirse a primera hora al mercado por el camino de la playa, como tenía por costumbre, había visto brillar una cosa en la arena. Se agachó y recogió la maciza pulsera del Sol de oro, medio enterrada ya. Reconoció la alhaja por haberla visto la vispera en el brazo de su ama, y no dudó que ésta la había dejado caer, sin advertirlo, desde lo alto del balcón. Conchita, que quería a su ama, corrió, contentísima, a la alcoba de María Teresa. Esta dormía aún. No la despertó, pero le puso la pulsera en la muñeca con conmovedora solicitud. Y a esto se reducía la aventura que había estado a punto de trastornar los cerebros mejor equilibrados. Una carcajada general acogió el fin del relato de Conchita, que huyó sofocadísima y algo avergonzada.

—¡Estamos locos todos!—exclamó el marqués.

—¡Esa pulsera acabará por hacernos perder el juicio!—dijo Raimundo—. Es menester que nos desembaracemos de ella a todo trance.

—¡Guárdate de ello! ¡Volvería de nuevo a mi poder, y esta vez no respondería ya de mi razón!—replicó María Teresa, que en aquel momento reía lo mismo que los demás, y hasta algo más nerviosamente que los demás—. ¿Saben ustedes lo que debemos hacer?—añadió—. Pasearnos, cambiar de aires... hacer una excursión a la montaña, enseñar la "sierra" a Raimundo y a monsieur Ozoux. Hoy volveremos a Lima. No les diremos nada a la tía Inés ni a Irene, que nos calentarian más la cabeza. Yo iré con Raimundo a dar una vuelta por el Callao, en donde ustedes se reunirán con nosotros. Allí tomaré las disposiciones necesarias y daré mis órdenes para que los negocios no padezcan con mi ausencia. Por la noche tomaremos todos el vapor.

—¡El vapor para ir a la sierra!—exclamó Cristóbal.

—¡El vapor para ir a Pacasmayo, querido padre!

—Pacasmayo; pero si acabamos de venir de allí!—gimió Francisco—. Permanecemos cuatro horas frente a aquella costa que no ofrece ningún atractivo.

—¿Que no ofrece ningún atractivo, querido monsieur Ozoux?—replicó María Teresa—. ¿Dice usted que no ofrece ningún atractivo? ¿Sabe usted adónde se va desde Pacasmayo?... ¿No, no lo sabe usted? Pues bien; voy a decirselo: ¡Se va a Cajamarca!

Francisco Gaspar se llevó la mano al corazón.

—¡A Cajamarca... la antigua Caxamarxa de los incas!

—Usted lo ha dicho, señor académico.

—¡El sueño de toda mi vida!

—Pues bien; vamos a realizarle, querido maestro, y al mismo tiempo, querido papá, averiguaremos el nombre del misterioso remitente de esta misteriosa joya, ya que la

pulsera del Sol de oro me la han enviado directamente de Cajamarca.

—¡Tienes razón, hija mía!—aprobó Cristóbal—; decididamente es preciso saber a qué atenerse acerca de este enojoso asunto.

—Y si es una broma de uno de mis pretendientes desahuciados—añadió María Teresa, que jugueteaba con la pulsera—, tengan ustedes la seguridad de que me la pagará. ¡Bien se reirán en Lima!

Tras estas palabras echó a todos de su cuarto y llamó, para que la ayudase a vestirse, a Conchita, la cual llegó en el momento oportuno para recibir un soberbio bofetón, destinado a enseñarle a despertar a su ama el día en que volviese a encontrar una pulsera "del Sol de oro" en la arena de la playa. La niña, sorprendida al verse tratada de aquella manera, no pudo contener las lágrimas. Entonces, la joven la atracó de caramelos. María Teresa no se conocía. Hubiese querido estar tranquila, y cada uno de sus movimientos revelaba su excitación. Sobre todo no se perdonaba el haber tenido miedo.

Puede decirse en principio, que en el Perú no existen caminos y que al lado de la carretera enlosada, construida por los incas, que atravesaba todo el país, desde los confines de Bolivia a la capital del Ecuador, y comparada con la cual las obras más grandiosas de la época galo-romana representan una suma de trabajo insignificante, los caminos actuales no son, en realidad, sino verdaderos caminos de herradura (1). De ahí la necesidad, cuando se quiere penetrar en el interior del Perú, de dirigirse por mar a un punto cualquiera de la "Costa", para tomar uno de esos ferrocarriles que, atravesando los Andes, llevan a los viajeros al corazón de la "Sierra". Porque el Perú, físicamente, se divide en tres zonas paralelas al mar: la "Costa", que se eleva gradualmente desde el borde del Océano hasta una altura de 1.500 a 2.000 metros en la vertiente occidental de los Andes; y la "Sierra", cerros y mesetas, que comprende la región intra-andina, cuya altitud varía entre 2.000 y 4.000 metros; y, por último, la "Montaña" (región de los bosques) que se extiende por junto al Amazonas, con una altitud decreciente de 2.000 a 500 metros. Entre estas tres zonas, todo difiere: aspecto, clima y producciones.

La "Costa" es rica; la "Sierra" ofrece valles rientes y relativamente templados; la "Montaña" presenta el aspecto de un verdadero océano de verdor. Lo más curioso de este curioso país es la multiplicidad de sus aspectos en un espacio relativamente reducido. Como para penetrar en la "Sierra" es preciso subir a una de las montañas más altas del mundo y a una montaña emplazada en las regiones ecuatoriales, ocurre que pasa una unas cuantas horas en lugares en donde se encuentran reunidos y cultivados los árboles de todas las latitudes, las plantas de todos los climas: el nogal crece al lado de la palmera; la remolacha junto a la caña de

azúcar; aquí se ve un huerto lleno de magníficos manzanos; más allá un grupo de plátanos que extiende majestuosamente sus anchas hojas. En este país maravilloso hay hacendados que pueden hacer servir a sus huéspedes, en la misma comida, hielo recogido unas horas antes en sus tierras, en la región de las nieves, y un limón "dulce", fruto esencialmente tropical, recién cogido en su huerta.

¡Ah, cuántas notas podía tomar Francisco Gaspar! ¡Cuántos espectáculos nuevos! ¡Cuántas maravillas y cuántas hermosas páginas en perspectiva! Raimundo y el marqués y hasta la misma María Teresa se reían de su celo de colegial que no quiere perder un detalle.

LA SOMBRA DEL CONQUISTADOR

Estuvo a punto de volverse loco una vez que le escondieron su pluma. En fin, se divertían; y parecía que habían olvidado completamente la pulsera de oro, que, por lo demás, había quedado al cuidado de la tía Inés y de la dueña Irene, las cuales no bien se marcharon los viajeros, la llevaron a Santo Domingo, depositándola en el altar de la Virgen, que preserva de los maleficios y conjura los sortilegios.

La llegada a Pacasmayo excitó particularmente la alegría del tío Ozoux. El desembarco se verificó en una enorme almadía que, cediendo al empuje del eterno oleaje, subía unas veces casi hasta la cubierta del vapor, para descender luego a unos cuantos metros más abajo. Para llegar a la almadía era preciso subirse en un tonel que levantaba una cabria; después, cuando el tonel bajaba hasta el nivel de la almadía, no había que hacer más que calcular bien el tiempo para saltar del tonel a la almadía.

María Teresa dió el ejemplo y salió bastante airosa de este complicado ejercicio gimnástico; el marqués, que estaba acostumbrado, pareció volar por los aires; Raimundo supo medir el salto de tal suerte, que pudo bajarse del tonel con las manos en los bolsillos; en cuanto a Francisco Gaspar, combinó tan mal su desembarco, que el tonel chocó brutalmente con la almadía en el preciso instante en que el sabio pensaba en otra cosa, por lo que el desdichado miembro del Instituto de Francia (Academia de Inscripciones y Bellas Letras), salió despedido como por un resorte. Inútil es decir que al llegar a la orilla, el excelente tío Francisco, que estaba aún dominado por la exaltación literaria producida por aquel desembarco excepcional, y que no se había preparado para el inevitable choque, rodó desde la almadía a la arena, en donde la última ola de la "barra" le puso como nuevo. Tuvo que desnudarse a medias y secarse al sol antes de continuar el viaje comenzado bajo tan felices auspicios.

Hasta el día siguiente por la mañana no salieron los viajeros de Pacasmayo, sin que sucediese nada digno de su atención.

(1) El Perú, por Paul Walle.

(Continuará.)

CURIOSIDADES

"ENTENTE CORDIALE"

ESTA denominación del acuerdo o inteligencia entre Inglaterra y Francia, que tan a menudo solemos leer en los periódicos, ¿qué origen tiene, cuándo se empleó por primera vez? Trasladamos a nuestros lectores la pregunta que el editor T. Fisher Unwin dirige al público en la revista *Notes and Queries*, que es, para los ingleses, lo que nuestro *Ave-riquadador universal*. Una revista francesa cita las palabras "entente cordial" en una carta de Ricardo Cobden, de fecha 14 de setiembre de 1859; se dirigía el famoso librecambista inglés a su amigo Miguel Chevalier, y tendía a afirmar la unión entre ambos países, basándola en una dependencia mutua para la satisfacción de sus necesidades recíprocas.

LA GUERRA Y LA COCINA

LA guerra lo transforma todo. Entre los diversos problemas que han de suscitarse a consecuencia de ella, no tiene poca importancia el culinario, aunque los espíritus cándidos crean que ese problema quedará automáticamente resuelto en cuanto cesen las hostilidades. Lo de *automáticamente* no está dicho al azar. Parece que las auto-cocinas—que no han de confundirse con las cajas noruegas, sencillamente conservadoras del calor—están llamadas a un glorioso porvenir. La cocina eléctrica tiene todas las probabilidades a su favor. Los alimentos mismos cambiarán mucho; se aprecian ahora las cualidades nutritivas de sustancias antes desdeñadas. Hay cien modos nuevos de preparar las conservas, y cien cosas nuevas dignas de ser conservadas. Claro está que siempre ha de haber gastrónomos retardatarios que prefieran los antiguos sistemas de los hombres primitivos y de las cocinas clásicas. Pero algo nuevo viene al campo de la cocina, y la Musa de la Alimentación no va a tener más remedio que cambiar de atributos.

Entre tanto, hay hambre. Pero dicen los optimistas que el hambre no es más que "un aperitivo" merced al cual gozaremos con mayor intensidad las delicias de la mesa futura.

EL PÁJARO JARDINERO

ESTE es el nombre propuesto por el ornitólogo italiano Beccari para designar al ave que científicamente se llama *Amblyornis inor-*

nata, y que los indígenas denominan *burnin-gurú*; esto es, "pájaro sabio". Es un ave del tamaño de una tórtola, y además del nido para sus crías, tiene otro de cumplido para recibir a sus amistades. Este es como una verdadera casa de forma cónica, de un metro de diámetro y más de un metro de altura. Lo construye con tallos de una especie de orquídea llamada *Dendrobium*, que tiene larga duración. Hace además un jardín con musgo, flores, frutas, setas coloreadas e insectos cambiantes; y cuando uno de estos ornamentos se echa a perder, por poco que sea, en seguida lo sustituye. No es un ave de instintos caseros, por lo que se ve; sino un animal sociable, que tiene además el sentido de la propiedad inmueble.

GRAN VELOCIDAD

Los que se quejan de la rapidez con que los automóviles pasan por nuestras calles y carreteras—aunque la falta de gasolina dé hoy cierto noble carácter retrospectivo a la queja—quédense pasmados al saber que el famoso deportista Barney Oldfield, que recientemente en St. Louis ha *batido* ocho *records*, se propone recorrer una milla (1.854 kilómetros) en cuarenta segundos; es decir, en un abrir y cerrar de ojos.

COLECCIONES DE SELLOS

LA biblioteca pública de Sydney (Australia) acaba de enriquecerse con un donativo singular: una colección de sellos de correo y fiscales de Nueva Gales del Sur, evaluada en unos 500.000 francos. Su propietario, el señor H. T. White, la ha regalado a la biblioteca, y si otros afortunados y desprendidos coleccionistas siguen su ejemplo, pronto tendrán los archiveros una nueva sección a que atender—y una nueva asignatura, la Filatelia, de que examinarse.

LOS UNIFORMES

DESTERRADO por los ejércitos el color rojo de los uniformes—porque, pese a lo paradójico de la expresión, es el mejor blanco que existe—, no se le ha condenado por la guerra a total ostracismo. Volverá, cuando suene la hora de la paz, a ser elemento de brillantez en los uniformes. La chaqueta roja del soldado inglés, el pantalón rojo de los franceses, quedarán para los días de gala.

LIBROS (1)

NOVELAS, CUENTOS

LEÓN DAUDET.—*Le bonheur d'être riche*. Flammarion. 3,50 pesetas.

SERBIAN FAIRY TALES.—Translated by Madame Elodie L. Mijatovich, illustr. by Sidney Stanley. Heinemann, Londres. 6s. net.

(1) En esta sección se dará cuenta de aquellas obras de que se nos remitan dos ejemplares y se analizará brevemente las de mayor interés. Se mencionará asimismo las más interesantes obras que se publiquen en el Extranjero.

DWIJENDRA NATH NEOGI.—*True tales of Indian life*. Macmillan. Londres. 2s. net.

ANATOLE FRANCE.—*Las opiniones de Jerónimo Coignard*. Trad. de Luis Ruiz Contreras. 3,50 pesetas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.—*El circo*. 1 peseta. JEAN GIRAUDEUX.—*Lectures pour une ombre*. Paris, Emile-Paul, 3 fr. 50.

LOUIS BERTRAND.—*Mademoiselle de Jessincourt* (Edition définitive). Paris, Fayard, 3 fr. 50.

VICTOR MARGUERITE.—*La terre natale*. Paris, Fasquelle. 3 fr. 50.

POESIA

PAUL FORT.—*L'alouette*. (Fantaisies à la gauloise sur la vie, la guerre et l'amour.) L'Edition, Paris. 4 fr.

ROBERT DE MONTESQUIOU.—*Sabliers et Lacrymatories*. Elégies guerrières et humaines. Frontispice de Rodin. E. Sansot, Paris. 3 fr. 50.

MAX PLOWMAN.—*A Lap full of seed*. Blackwell, Oxford. 3s. 6d. net.

WELSH POETS.—A representative English selection of contemporary writers, by A. G. Prys-Jones. Erskine Macdonald, 2s. 6d. net.

CIENCIAS Y SUS APLICACIONES

W. PERREN MAYCOCK.—*Continuous-current motors and control apparatus*. Whittaker, Londres. 6s. net.

A. T. DOVER.—*Power wiring diagrams*. Whittaker, Londres. 6s. net.

CROSS ET BEVAN.—*Recherches sur la cellulose*. 1895-1910. Trad. française publiée sous la direction de Léon Lefèvre. Paris, Ch. Banger, 20 fr.

GUY BABAULT.—*Chasses et recherches zoologiques en Afrique Orientale anglaise, 1913*. Paris, Plon-Nourrit, 20 fr.

A. JACQUET.—*Le petit outillage moderne du mécanicien*. Paris, H. Dunod et G. Pinat, 2 fr. 50.

HISTORIA

PRINCESSE LUCIEN MURAT.—*Raspoutine et l'Aube Sanglante*. Paris, Fontemouig, 3 fr. 50.

LEÓN BLOY.—*Constantinople et Byzance*. Paris, Crès, 3 fr. 50.

E. VENIZELOS, N. POLITIS, G. CAFANDARIS, E. RÉPOULIS.—*Cinq ans d'histoire grecque, 1912-1917*. Paris, Berger-Levrault, 4 fr.

L'ABBÉ J. CONTRASTY.—*Histoire de Sainte Foy-de-Peyrolières*. Toulouse, L. Sistac, 9 fr.

MEDICINA

M. LÉOPOLD LÉVI.—*Les doses en Thérapeutique Thyroïdienne*. Paris, Maloine, 2 fr.

GREGOIRE ET COURCOUX.—*Plaies de la Plèvre et du pounon*. Masson et C^{ie}, Paris. 4 fr.

J. LOCHELONGUE.—*Le liquide Céphalo-Rachidien et ses anomalies*. (Technique et applications cliniques). A. Maloine et fils, Paris. 6 fr. 50.

R. MURRAY LESLIE.—*The health of a woman* (nuevo tomo de la "Methuen's Health Series"), Methuen, Londres. 1s. 3d. net.

LITERATURA GENERAL

MARCEL BOULENGER.—*Ecrit le soir*. Paris, "La Renaissance du Livre", 2 fr.

ANDRÉ GERMAIN.—*Renée Vivien*. Paris, Crès, 4 fr.

FILOSOFÍA

L. DUGAS.—*La mémoire et l'oubli* (Bibl. de Philosophie Scientifique). Paris, Flammarion, 3 fr. 50.

ARTE Y SUS APLICACIONES.

LES MÉDAILLES D'ANTONIO PISANO DIT LE PISANELLO.—*Série complète moulée et décrite par Henry Nocq et reproduite en héliotypie par Léon Marotte* [125 ejemplares numérotés]. Paris, L. Marotte, 125 fr.

AGRICULTURA, JARDINERÍA, ETC.

T. WIBBERLEY.—*Farming on factory lines*. Pearson, Londres. 5s. net.

MARY HAMPDEN.—*The Small Garden*. Herbert Jenkins, Londres. 5s. net.

S. CORRALES PUYOL.—*Tratado de Piscicultura de agua dulce y breve reseña sobre la Piscifactoria central de España*. 3,50 pesetas.

VIAJES.

RENÉ PUAUX.—*Ce fut le beau voyage*. Payot et C^{ie}, Paris. 4 fr. (Relación del viaje del rey Jorge V de Inglaterra a la India.)

W. H. KOEBEL.—*Central America*. Fisher Unwin, Londres. 10s. 6d. net.

MARCEL GENLIS.—*Dans l'incendie tropical (Angkor, Java, Burma, India)*. Paris, Plon-Nourrit, 3 fr. 50.

MARTIAL DOUËL.—*Sept villes mortes* [Sobre ciudades africanas]. Paris, Fontemouig, 3 fr. 50.

IMPRENTA GRÁFICA EXCELSIOR, CAMPOMANES, 6.

A. SALCEDO RUIZ
LA LITERATURA ESPAÑOLA

RESUMEN DE HISTORIA CRÍTICA
CON UNA CARTA AUTÓGRAFA

DE
DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Tomo I.	La Edad Media	465 páginas
Tomo II.	El Siglo de oro.	571 »
Tomo III.	El Clasicismo	555 »

EN PRENSA

Tomo IV.	Nuestros días.	
	Cada tomo en rústica	8 pesetas.
	» » en holandesa fina	11 »

(PROSPECTO GRATIS)